



antropología
3er
mundo

**CATEDRAS
NACIONALES
APORTES
PARA
UNA
CIENCIA
POPULAR
EN LA
ARGENTINA**

Segunda Parte

antropología ^{3er} mundo

revista de ciencias sociales

director: guillermo gutiérrez

secretaria: susana pitkin

Reg. Prop. Int. N° 1.042.407

Hecho el depósito que marca la ley 11.723

CATEDRAS NACIONALES/APORTES PARA UNA CIENCIA POPULAR EN LA ARGENTINA/ **2** ^{DA.} PARTE

Sumario/Alcira Argumedo. Notas sobre la polémica con el marxismo/pag.87/
Roberto Carri. Poder y dependencia-segunda parte/pag.97/ Horacio González.
Estrategia, ideología, análisis institucional/pag.113/ Pablo Franco. Doctrina
de la liberación y sociología crítica/pag.119.

número especial / 6-año 2 / bs.aires argentina

correspondencia casilla 119 suc. 12 B.



alcira argumedo

notas sobre la polémica con el marxismo

El Tercer Mundo está gestando, en su proceso de realización histórica como bloque y a través de las particularidades nacionales del desarrollo de sus luchas de liberación, una verdadera revolución teórica. Revolución teórica que tiene como base objetiva la historia real del proceso liberador de las naciones oprimidas y que —sin constituir un todo homogéneo y unívoco— contiene en sí elementos que en principio consideramos no antagónicos.

Después de dos siglos de dominación económica, política y cultural, los pueblos colonizados y dependientes se transforman en el polo generador de la historia mundial. Y este nuevo papel que asume el Tercer Mundo en su desarrollo político supone necesariamente la quiebra de los esquemas interpretativos de la realidad social surgidos en el marco de los países imperiales. La construcción teórico-crítica pertenece al Tercer Mundo precisamente porque en él se está gestando actualmente el futuro, la creación de lo nuevo.

En este desarrollo se ha dado un enfrentamiento —con características propias en cada país— entre dos líneas en apariencia antagónicas: el nacionalismo revolucionario y el marxismo. Y el marco de la polémica se establece necesariamente con el marxismo, porque este tiene una vigencia real —pero al mismo tiempo contradictoria— en las luchas de liberación del Tercer Mundo. En nuestro país la vigencia real la tiene el peronismo: desde él, por lo tanto, se establece la polémica.

De la experiencia argentina surge una pregunta: por qué en nombre de una ideología que se autoproclama como la síntesis revolucionaria de los explotados se ha enfrentado a esos mismos sectores junto a los cuales se pretendía luchar?

En segundo lugar: si es cierto que el marxismo sintetiza la experiencia revolucionaria de pueblos que están forjando su liberación, cuál es el aporte que éste puede brindar para enriquecer el propio desarrollo hacia un socialismo nacional? Esto supone la necesidad de una definición acerca de qué es el "marxismo".

No intentamos aquí responder a ambas preguntas. Simplemente nos interesa esbozar —sin pretender agotarlas ni considerarlas definitivas— algunas ideas acerca de los

marcos más generales dentro de los cuales consideramos que debe realizarse esta polémica.

No existe actualmente un bloque unívoco que se denomine marxismo. La polémica chino-rusa acerca del carácter de la construcción del socialismo, la concepción de la política internacional, etc., en tanto encarna políticas reales, marca un corte fundamental en este bloque ideológico. Y es precisamente este corte radical en el marxismo el que señala, a partir de la década de 1960, un cambio cualitativo en la totalidad ideológica-política que se desarrolla a nivel internacional:

"... Los hechos que culminaron en la primera quincena de 1966 parecen ser un indicio de que comienza una nueva historia contemporánea en el devenir socialista de nuestro tiempo. La decidida actitud del Gran Mao ha dividido con claridad el socialismo nacional del socialismo internacional que ha dado lugar al imperialismo soviético y de la misma manera que acusa al imperialismo yanqui, enjuicia a su aliado moscovita en la Conferencia de Yalta porque de común acuerdo se dividieron allí el mundo en dos para su dominio y explotación, después de despojar de su territorio a varios países. Sus palabras son tan claras como su verdad incontrovertible". (1)

La polémica con el marxismo cobra sentido en los marcos de una política para el Tercer Mundo y supone una definición acerca de las alianzas que permitan consolidar el proceso de liberación de los países sojuzgados donde, en la relación entre naciones, la dominación será reemplazada por la solidaridad entre los pueblos.

IDEOLOGIA Y DOCTRINA

La construcción de la teoría revolucionaria del Tercer Mundo se desarrolla dentro de una totalidad ideológica-política cuyo carácter es esencialmente histórico. Llamamos "totalidad ideológico-política" al conjunto de las concepciones que en cada coyuntura histórica aparecen trazando los lineamientos de la política y, por lo tanto, las alternativas de poder, a nivel nacional e internacional.

En tanto dichas concepciones suponen políticas concretas que parten tanto de los sectores dominantes como de aquellos que luchan por su liberación, esta totalidad contiene en sí elementos contradictorios. El carácter antagónico o no-antagónico de estas políticas está determinado por el marco estratégico dentro del cual se desarrollan y que necesariamente supone la definición de un sistema de alianzas y enfrentamientos en sus diferentes niveles.

En el plano político -que consideramos la base real de toda polémica teórica-ideológica- el carácter de la diferenciación con el "marxismo" debe ser mediada por el significado que cobran sus manifestaciones concretas en el ámbito nacional e internacional.

Toda ideología sólo puede concebirse como un elemento dinámico que se mueve y desarrolla dentro de una totalidad que -precisamente porque es histórica y, por lo tanto, política- sintetiza en cada etapa nuevas experiencias e intenta dar respuestas a una nueva problemática. Es decir, se materializa en políticas concretas que dan su sentido real a los planteos ideológicos.

Consideramos importante retomar aquí la diferenciación en dos momentos, propia de la concepción peronista: ideología y doctrina. En esta perspectiva, la ideología constituye la "concepción del mundo", el conjunto de los principios básicos que rigen la acción, pero que necesariamente se mantienen en un plano aun abstracto, no desarrollado. Fija los puntos iniciales de ruptura dentro del desarrollo del proceso histórico, pero es una ruptura aún no concretada, un punto de partida.

La doctrina hace hincapié en las formas práctico-políticas a través de las cuales esos principios pretenden ser realizados; "fija las formas de ejecución de esa ideología". Aparece como proyecto y realización, y concretamente se afirma como una acción práctica social cuyo objetivo es el poder. Por esto mismo la doctrina aparece como la materialización, la realización de los postulados ideológicos y por lo tanto, como su realidad. La doctrina es la mediación necesaria de la ideología, su forma real.

La doctrina, en tanto inmediatamente vinculada con el proceso político de cada particularidad nacional -inserta en la totalidad internacional, pero desarrollándose como particularidad dentro de ella- es necesariamente histórica y, por lo tanto, redefinida prácticamente en este proceso.

Toda doctrina se nutre de la realidad social histórico-política y aparece como síntesis, con mayor o menor grado de abstracción, de una práctica social, que es afectada por esta doctrina. Pero como resultado práctico sintetizado, y no como conciencia pre-determinada, "anterior" o dada desde siempre. Y puede decirse que una doctrina ha muerto cuando es incapaz de realizar este movimiento dinámico, de gestar desde sí misma nuevas respuestas ante nuevas coyunturas históricas. La muerte de una doctrina no se proclama, se realiza prácticamente.

Se plantea entonces el problema de determinar cuáles son los términos básicos de unificación de doctrinas que permiten entroncarlas conjuntamente en una determinada corriente ideológica.

Toda corriente ideológica comprende necesariamente dos niveles íntimamente vinculados y que marcan los términos de unidad o escisión dentro de cada una de ellas. Por una parte, principios generales, concepción del mundo u objetivos a lograr, que fijarían los marcos más amplios de coincidencia o unificación de cada corriente. Expresarían este primer nivel los postulados del liberalismo que se sintetizan en "libertad, igualdad, fraternidad", de la misma forma que el socialismo como "reino de la libertad" que se transforma en el marxismo en un llamado a la lucha contra el capitalismo.

Una segunda instancia marca las formas práctico-políticas en función de las cuales se intentan lograr tales objetivos. Y es precisamente esta "forma" política la que da contenido concreto a los postulados de principios, la que marca la materialización de una ideología, su realidad.

Enfatizamos el papel de la doctrina como síntesis de una práctica, porque es precisamente esta práctica social, esta forma concreta históricamente desarrollada la que constituye el contenido real de toda ideología. Los principios generales de una ideología pueden ser a menudo adoptados por políticas antagónicas. La realidad de cada día muestra cómo conceptos tales como "revolución", "cambio de estructuras",

"justicia social", etc. son tomadas aparentemente sin contradicciones por corrientes políticas que objetivamente actúan dentro del campo de la dominación.

Porque todo objetivo permanece abstracto, vacío, al margen de la forma práctica que lo produce y por lo tanto, lo define o redefine como concreto. Toda escisión ideológica real es una escisión realizada políticamente, de la misma manera que la unidad es una unidad de prácticas concretas no antagónicas. Es decir, toda unidad o escisión dentro de una corriente ideológica se realiza a través de la forma política de su desarrollo y es por lo tanto dinámica y no inmutable o dada desde siempre. Aparece como resultado del proceso que da contenido real a las propuestas formuladas como guías para la acción: "concepción del mundo", "principios fundamentales", etc.

Remarcar la "materialización" de la ideología a través de las formas políticas concretas que le dan su contenido real, no significa la negación radical del papel que cumplen como proyecto tales postulados de principios. Pero consideramos que tal materialización es el criterio más ajustado para caracterizar una corriente ideológica.

No ignoramos tampoco el hecho de que cada corriente contiene en sí innumerables matices que se expresan en diferentes niveles de abstracción y sobre aspectos más o menos específicos o parciales de la realidad. Pero en tanto partimos del supuesto básico de la politicidad de las relaciones sociales, de la política como contenido intrínseco y necesario de toda formación social, consideramos la forma política en que se expresa una ideología como el nivel fundamental, el hecho material que define los términos básicos de su análisis. Desde esta perspectiva, todo desarrollo teórico, cualquiera sea su aparente autonomía respecto de tal proceso, tiene en él su fundamento real.

Cuando en la post-guerra se fija desde el Peronismo la Tercera Posición, se marca un fundamento ideológico que expresa la negación del liberalismo y el marxismo:

"... El individuo hegeliano, que cree poseer fines propios, vive en estado de ilusión, pues sólo sirve los fines del Estado. En los seguidores de Marx esos fines son más oscuros todavía, pues sólo se vive para una esencia privilegiada de la comunidad y no en ella ni con ella. El individuo marxista es, por necesidad, una abdicación.

"En medio se alza la fidelidad a los principios democráticos liberales que llena el siglo pasado y parte del presente. Pero con defectos sustanciales, porque no ha sido posible hermanar puntos de vista distintos, que condujeron a dos guerras mundiales y que aún hoy someten la conciencia civilizada a durísimas presiones. El problema del pensamiento democrático futuro está en resolvernos a dar cabida en su paisaje a la comunidad, sin distraer la atención a los valores supremos del individuo; acentuando sobre sus esencias espirituales pero con las esperanzas puestas en el bien común". (2)

Pero este corte ideológico se expresa en sus términos históricos, no como postulados sino como concreción: el marxismo está encarnado en el Estado stalinista; el liberalismo, en los imperios occidentales. La Cortina de Hierro define una falsa opción que se manifiesta en el nivel político como dos formas de dominación. El punto de ruptura ideológico cobra su realidad en la ruptura política de esa falsa opción.

ACERCA DEL SUJETO SOCIAL DE LA LIBERACION

Toda ideología supone un punto de partida, un momento inicial de ruptura, de negación de lo dado -que en tanto se desarrolla dentro de una totalidad aparece como "crítica"- y un momento final, objetivos básicos a lograr. Pero en su desarrollo se define prácticamente a través de las formas políticas concretas, de la práctica del sujeto que la realiza, porque se identifica con ella y es entonces esencialmente dinámica; aparece en cada momento como resultado y síntesis, al mismo tiempo que como visión crítica que define los marcos de acción y da contenido real a los postulados iniciales y al objetivo final. La ideología sólo cobra sentido dentro de los marcos de una doctrina.

Partir de esta concepción de la ideología como realizándose en una doctrina política supone necesariamente determinar quién es el sujeto social de esa práctica y cómo se define.

Nuevamente aquí es necesario fijar los términos históricos concretos en los cuales se produce la coyuntura que da origen al surgimiento de un movimiento político-ideológico. Porque toda coyuntura política supone un campo estratégico de enfrentamiento de fuerzas sociales y precisamente dentro de este campo, la determinación del enemigo establece el sujeto históricamente capaz de constituirse como su negación. Los postulados ideológicos y doctrinarios operan en esta coyuntura como elemento nucleador inicial de diferentes sectores sociales que se unifican a partir de ellos en tanto marcan los puntos esenciales de ruptura, constituyéndose en un sujeto social que inicia un desarrollo y se define y redefine históricamente dentro de éste.

A diferencia del marxismo dogmático, donde aparentemente el sujeto social (proletariado) y la ideología que éste debe portar están dados desde antes -definidos a partir de determinada coyuntura histórica pero extrapolados a toda realidad social- y aparentemente el problema esencial es reunir sujeto e ideología (o dar al sujeto "enajenado" la ideología desenajenante y científica), consideramos que este sujeto se define históricamente. Precisamente porque supone un desarrollo político concreto, no determinado meramente a nivel estructural, sino a partir de una práctica real dentro de un conjunto de fuerzas sociales que marcan estrategias de poder y dominación a nivel nacional e internacional.

La etapa de dominación imperialista establece el campo de definición de este sujeto. Y precisamente la corrección de una política en el Tercer Mundo está dada por su capacidad de nucleamiento de los sectores sociales capaces de constituirse en el sujeto social que cuestione esta dominación.

La historia del proceso de liberación de los países oprimidos muestra que frente a la universalidad del dominio imperialista, el cuestionamiento de este dominio cobra un carácter particular - nacional. Porque el Tercer Mundo como "universal" sólo aparece, en este momento de su desarrollo, negativamente: como oposición a todo imperialismo. Pero se constituye a través de las particularidades nacionales que le dan su contenido propio. El sujeto social capaz de desarrollar el proceso de liberación se define a partir de la específica conformación histórico-social de cada una de estas particularidades. Por esto la teoría revolucionaria cobra necesariamente un carácter nacional y esta es la condición fundamental de su desarrollo.

Los países dominados presentan, tras la aparente homogeneidad de la dominación universal del imperialismo, particularidades específicas que pertenecen a una historia determinada y que en el proceso liberador aparecen como fundamentales para la génesis de una política propia. Porque toda política debe necesariamente partir de la recuperación de la particularidad, de lo real, y no negarla en función de la aceptación de formulaciones "universales" acerca del desarrollo del proceso.

MARXISMO O MARXISMOS?

A partir de estas consideraciones generales, debemos plantearnos: qué es el marxismo?

Para responder esta pregunta es necesario retomar el concepto de "totalidad ideológica" marcando el carácter histórico-político de la misma.

No agotaremos aquí el análisis del marxismo en lo referido al contenido específico de sus postulados, ni al significado del papel histórico-político que juega en los diferentes momentos de su desarrollo. Simplemente intentaremos determinar los lineamientos más generales acerca de qué entendemos por "marxismo" para situar los términos de la polémica.

El marxismo se inicia hace más de un siglo con los escritos juveniles de Carlos Marx, surgiendo a la palestra política con el "Manifiesto Comunista" de 1848. En ese momento aparece como el cuestionamiento político-ideológico más estructurado y radical que se realiza en Europa frente a la concepción liberal burguesa.

Por primera vez surge una crítica de la totalidad de esta concepción que intenta abarcar los planos posibles de expansión de la misma: desde el lógico-filosófico hasta el económico y político. Crítica radical que se explica a sí misma a partir del desarrollo de un sector social capaz de cuestionar en sus bases de sustentación -en tanto las constituyen- a la totalidad del sistema capitalista: la clase obrera. Se presenta como la crítica más radical en tanto representa al sector que -dentro de la sociedad capitalista europea- es supuestamente el único capaz de transformar radicalmente este sistema.

Se sientan así las bases de una ideología política que se propone como científica en tanto es capaz de explicar las leyes de desarrollo de la totalidad histórico-social, analizar sus fundamentos y trazar -a partir de este análisis- las vías de superación del sistema capitalista. Se habla de socialismo científico. Pero aquí debe entenderse una política capaz de explicitar sus propios fundamentos y no una ciencia que se desarrolla autónomamente al margen de la política.

El análisis de la sociedad capitalista lleva a Marx y Engels a formular la necesidad de su superación por una nueva forma de relaciones sociales entre los hombres; un nuevo sistema social que posibilite el desarrollo de las condiciones materiales que permitan la plena realización de la "libertad humana". La sociedad socialista será el "reino de la libertad", como opuesta a la "necesidad de las formaciones sociales anteriores, caracterizadas por Marx como sociedades "naturales", es decir, no dirigidas conscientemente por los hombres:

"... Finalmente, la división del trabajo nos brinda ya el primer ejemplo de cómo, mientras los hombres viven en una sociedad natural, mientras se da por tanto una separación entre el interés particular y el interés común, mientras las actividades, por consiguiente, no aparecen divididas voluntariamente sino por modo natural, los actos propios de los hombres se erigen ante él en un poder ajeno y hostil, que los sojuzga, en vez de ser él quien los domine". (3)

Dentro de su concepción del desarrollo de la historia, y por lo tanto, de las formaciones económico-sociales, la necesidad de superación del capitalismo será formulada como tendencia. El análisis de la sociedad capitalista clásica —la determinación de las leyes que rigen su desarrollo— realizado magistralmente en "El Capital" de acuerdo con el método de exposición enunciado por su autor —al quedar inconcluso, permanece en un momento estructural no desarrollado y por lo tanto, abstracto— unilateral.

El plan general de la obra comprendía además el estudio de las clases sociales, el mercado mundial y el Estado. Intentaba por lo tanto llegar al análisis de la sociedad capitalista como "todo concreto", como síntesis o unidad de lo múltiple, donde lo político aparece como momento dependiente, posterior. La política tiene su fundamento en la estructura económica; el Estado se explica por la sociedad civil.

El análisis se realiza desde la perspectiva de la sociedad capitalista europea, concretamente Inglaterra, su expresión más desarrollada. Y es desde esta perspectiva que se trazarán las afirmaciones más inmediatamente vinculadas con ese momento histórico, más específicamente políticas, de los fundadores del marxismo. La teoría es en este momento aún un bloque unívoco, una política formulada para el proletariado europeo concebido en esa etapa histórica como el "sepulturero de la burguesía", el sector social llamado a transformar la sociedad capitalista.

Desde su perspectiva, "... los países industrialmente más desarrollados no hacen más que poner delante de los países menos progresivos la imagen de su propio porvenir..." (4)

Carlos Marx sintetiza así en su obra la práctica histórica del proletariado europeo y, partiendo de su concepción del desarrollo de las formaciones sociales arriba enunciada, pretende que dicha experiencia será universalizada en la misma medida que se universalizan las relaciones capitalistas de producción. La universalización del capitalismo aparece como necesaria para gestar las condiciones objetivas que permitan revolucionar este sistema para implantar el socialismo.

A partir de este supuesto, Carlos Marx formula una serie de postulados en el plano político, de los cuales dos nos interesan señalar a los fines de un análisis posterior: el internacionalismo proletario y el papel de la conquista de los pueblos coloniales por parte de las metrópolis. Acerca de ambas formulaciones existen elementos contradictorios propios de la coyuntura política que le toca vivir: la expansión imperialista del capitalismo, donde el "sepulturero de la burguesía" comienza a transformarse en uno de sus principales cómplices en la explotación de los pueblos colonizados.

Se quiere remarcar que existen en el marxismo, en la etapa de su surgimiento, dos aspectos íntimamente vinculados, dos momentos de la elaboración teórico-política

que muestran su carácter eminentemente histórico, como respuesta a una totalidad político-ideológica dentro de la cual se desarrolla.

Por una parte, afirmaciones de tendencia -la necesaria superación del sistema capitalista formulada a partir de las contradicciones intrínsecas al mismo- realizadas con un alto grado de abstracción en tanto expresan leyes de desarrollo del "sistema capitalista" que necesariamente adquieren determinaciones propias en cada realidad nacional específica. Por otra parte, formulaciones políticas concretas acerca de la "forma" en que se realiza este pasaje -referidas especialmente a la acción práctica del proletariado europeo en ese determinado momento histórico. Ambos momentos se derivan de una determinada concepción filosófica acerca del hombre y su actividad práctico-histórica. Ambos momentos conforman una ideología política cuya univocidad tiene plena vigencia en esa etapa de su desarrollo.

Es precisamente esta homogeneidad del marxismo en su primera etapa la que se rompe radicalmente en tanto comienzan a identificarse bajo esta concepción aparentemente unívoca las políticas de diferentes movimientos que realizan sus experiencias en realidades sociales específicas y ante las cuales intentan dar respuestas. La Social Democracia alemana y el Leninismo son sólo dos de las primeras y más importantes expresiones de esta ruptura.

El pasaje de lo abstracto a lo concreto, de la formulación de leyes de tendencia a la determinación de las formas de la acción política, supone una serie de mediaciones que necesariamente afectan el contenido de la ideología.

Este carácter del marxismo ha sido señalado a menudo por Mao Tse Tung, uno de los más brillantes políticos marxistas contemporáneos: "... Si los comunistas chinos, que forman parte de la gran nación china y están unidos a ella en carne y sangre, hablan del marxismo separándolo de las características de China, se tratará sólo de un marxismo abstracto, vacío..." (5)

La historia del último siglo de desarrollo del marxismo es la definición y redefinición de los postulados básicos trazados por Marx, a través de prácticas políticas concretas. Este desarrollo está constantemente marcado por profundas escisiones acerca de la acción política, con las consiguientes síntesis teóricas que las expresan en cada coyuntura histórica y que han dado lugar a las diferentes corrientes -a menudo antagónicas- que lo componen. Estas escisiones han supuesto siempre una oposición "ortodoxia-revisionismo", que en este momento está expresado en su forma más radical en la polémica chino-rusa.

La unidad histórica del marxismo se ha establecido a partir de un punto común de ruptura: el llamado a la lucha violenta contra el capitalismo para crear una nueva sociedad formulada por Carlos Marx. La continuidad histórica del sistema capitalista -el imperialismo- mantiene la vigencia de este llamado.

En su desarrollo histórico esta unidad se muestra contradictoria. Como política, el marxismo soviético genera una nueva forma de dominación: el social-imperialismo la "revolución por conquista". Esta nueva forma de dominación engendra como polo contradictorio naciones sometidas: el internacionalismo proletario se transforma en la negación de la nacionalidad de los países satélites de la URSS. Al mismo tiempo

se propone como centro rector de la lucha antiimperialista intentando fijar desde sí la política que deben seguir los países dominados por el imperialismo occidental: la historia de la post-guerra es la historia del fracaso de esta política de los Partidos Comunistas en los países colonizados y dependientes.

Por otra parte se identifican con la consigna marxista las masas revolucionarias de Vietnam, Corea del Norte, China y Cuba, y bajo esta ideología realizan su experiencia de liberación.

Determinar el carácter de estas escisiones como propuestas políticas concretas en cada momento histórico, resulta fundamental para centrar un proyecto de alianzas desde la perspectiva del Tercer Mundo. Porque de hecho dentro de ese aparente bloque llamado "marxismo" hay corrientes frente a las cuales se plantea un antagonismo radical -el social-imperialismo soviético- y políticas que constituyen aliados fundamentales para consolidar el propio proceso de liberación.

Este problema está claramente marcado por el Gral. Perón cuando afirma:

"... La negativa de Mao de hacer causa común con el despojo y el colonialismo en nombre del socialismo internacional, echa las nuevas bases del Tercer Mundo, en el que pueden congeniar perfectamente las distintas democracias socialistas que, indudablemente, serán las formas impuestas por la evolución para las futuras instituciones universales...".

"... Esta nueva orientación nos hace pensar en lo que se viene repitiendo hace tiempo: que el nacionalismo no tiene por qué estar reñido con el socialismo. Que ambos, en el fondo, lejos de ser antagónicos, pueden unirse con un objetivo común de liberación de los pueblos y de los hombres...". (6)

Sólo situando el planteo ideológico dentro de los términos históricos concretos en que se desarrolla, es posible -desde una perspectiva nacional propia- determinar qué aspectos de la experiencia práctica de liberación de otros pueblos y por lo tanto, de la ideología política que la sintetiza en sus diferentes niveles de abstracción, pueden ser incorporados para enriquecer la propia práctica.

En tanto no es posible hablar de marxismo como bloque, es necesario analizar las posiciones políticas concretas que sostienen aquellos que se identifican como tales en las diferentes coyunturas históricas. Estas diferencias en las postulaciones se han concretado de hecho históricamente en la política que, como tendencia general, se han identificado bajo el nombre de los líderes que en cada momento las han expresado: leninismo, stalinismo, maofismo, castrismo, etc.

Desde una perspectiva política de liberación, consideramos que la polémica con el marxismo debe realizarse en un sentido en principio "inverso" respecto de su propio desarrollo como ideología. Es decir, partir desde sus manifestaciones políticas concretas -de su materialización histórica actual en sus diferentes expresiones a nivel nacional e internacional- para llegar en un momento posterior a las formulaciones de principio, a la concepción del mundo.

"... En el futuro, como en el pasado, las necesidades de la lucha superarán las ideologías. La propaganda interesada ya no podrá asustar mucho con el cuco del comunis

mo porque la realidad es bien distinta: no se trata ya de ideologías y son compañeros de lucha todos los que anhelan liberarse y son enemigos todos los que de una manera abierta o insidiosa están al servicio del neocolonialismo imperialista, ya sea bajo la hoz y el martillo como las barras y las estrellas..." (7).

De esta forma, el Gral. Perón enmarca el planteo ideológico dentro de los términos de una estrategia política concreta y fija así las bases reales de toda polémica.

Precisamente este punto de arranque expresa una metodología específica de análisis de la realidad social que debe ser enfatizada: como estrategia militar y líder político, Perón elabora una metodología estratégica, donde las fuerzas sociales son consideradas como moviéndose en un campo que necesariamente define y redefine aliados y enemigos en cada coyuntura histórica, a partir de postulados básicos esencia les materializados en un accionar político.

Esta política de aliados y enemigos se fija teniendo claramente establecido el núcleo central, la columna vertebral del sujeto social de su doctrina: los trabajadores encarnando la verdadera esencia de la Nación.

Este eje central ya está trazado en el discurso del Gral. Perón con motivo del 17 de octubre de 1945:

"... Dejo, pues, el honroso y sagrado uniforme que me entregó la Patria, para vestir la casaca del civil y mezclarme con esa masa sufriente y poderosa que elabora en el trabajo la grandeza del país. Con esto doy mi abrazo final a esa institución que es el puntal de la Patria: el Ejército. Y doy también el primer abrazo a esta inmensa masa que representa la síntesis de un sentimiento que había muerto en la República: la verdadera civilidad del pueblo argentino..." (8).

Adoptando esta perspectiva, la polémica con el marxismo se entabla a partir de lo político, de la propia estrategia de liberación. Dejamos aquí abierto el problema cuestionando dos aspectos cuya elucidación nos parece fundamental: 1 el carácter del marxismo como "ciencia" 2 la propuesta de ser la ideología política cuya adopción se transforma en condición "sine qua non" para llevar adelante el proceso de liberación nacional y social del Tercer Mundo.

1) Gral. Juan D. Perón, "La Hora de los Pueblos". Ed. Norte, pg. 154/155.

2) Gral. Juan D. Perón, "La Comunidad Organizada", Ed. Continental Service, pg. 116.

3) Carlos Marx, "La Ideología Alemana". Ed. Pueblos Unidos, pg. 33.

4) Carlos Marx, "El Capital" Prólogo de la Primera Edición; Tomo I, pg. 6. Editorial Cartago.

5) Mao Tse Tung, "El Papel del Partido Comunista Chino en la Guerra Nacional" en "Obras Escogidas", Tomo II, Editorial Platina, pg. 22.

6) Gral. Juan D. Perón, "La Hora de los Pueblos". Ed. Norte, pg. 155.

7) Gral. Juan D. Perón, op. cit. pg. 151/52.

8) Gral. Juan D. Perón, "Doctrina Peronista", pgs. 78/79.

roberto carri poder y dependencia

3. LOS SISTEMAS DE PODER EN LA SOCIEDAD DEPENDIENTE, ANALISIS CIVIL Y ANALISIS POLITICO

(Primera parte)

"Un país entregado al imperialismo y penetrado económica y políticamente, un pueblo sumergido, una comunidad en plena descomposición, una administración desquiciada, un gobierno desprestigiado, un régimen repudiado y, en medio de semejante descomposición, los usureros haciendo su agosto, la delincuencia en libertad dominando la calle, muchas veces amparada por los agentes de los poderes públicos y unas Fuerzas Armadas complicadas en la entrega usufructuando concupiscentemente, con apetito insaciable, las posiciones alcanzadas por la usurpación".

Gral. Juan Domingo Perón
Declaración del Comando Superior
Junio de 1970

I. CONSIDERACIONES GENERALES SOBRE EL PODER

EL PREDOMINIO DE LA POLITICA

La premisa de este intento de definir el poder en las sociedades dependientes del imperialismo es el carácter estructural y mundial de la dominación imperialista tal como fue definido en la primera parte de este trabajo (ver Antropología Tercer Mundo, Nº 4, págs. 11/28).

En tanto el imperialismo es constitutivo y constituyente de las sociedades contemporáneas, su acción en todos los planos hace necesario el replanteo de conceptos que explicaron el movimiento de la sociedad y, en su diferenciación, señalan distinciones

básicas; así como la autonomía o dependencia de los ámbitos a los cuales esos conceptos se refieren. La distinción entre sociedad civil y sociedad política, no importa cuál adopta en las distintas teorías, carácter universal o determinante; la distinción marxista entre estructura económica y superestructura que muestra el carácter determinante de la estructura sobre la superestructura; ambas conceptualizaciones son inválidas para entender el proceso real de la historia contemporánea signado por la expansión mundial de los imperialismos.

Asimismo, la inversión de esta relación que dice: la política -como ámbito delimitado- es determinante de lo económico -también como ámbito-, es tan falsa como su opuesta. Falsa en el sentido que presenta una escisión de campos con sus propias leyes estructurales, uno de los cuales actúa sobre el otro o viceversa. El problema real se presenta como unidad de la política y la economía, en otras palabras aparece como política: como política del imperio o como política del Pueblo. La distinción entre la esfera del Estado y la esfera de lo "social no estatal", actúa simplemente en el plano empírico como instrumento intelectual, pero no señala una verdadera distinción en el proceso real.

Las leyes históricas del nacimiento del capitalismo en Europa, que establecen como verdad científica la dependencia de la política respecto del desarrollo y consolidación del modo de producción capitalista, no son válidas para explicar la etapa del imperialismo y mucho menos para establecer el movimiento de los pueblos del Tercer Mundo. Estos aparecen como la ruptura principal del sistema dominante y como los poseedores de la dinámica histórica: el mundo nuevo surge en el mundo imperialista y con su lucha lo destruye (1).

Así como la burguesía europea en determinado momento impone las condiciones de la lucha contra los feudales y obliga a éstos a adaptarse en su estrategia a la nueva situación; son los pueblos del Tercer Mundo quienes imponen las condiciones de la lucha, obligando al imperialismo a reajustar su estrategia con el fin de mantenerlos bajo su control.

Por otra parte, el desarrollo del capitalismo en imperialismo provoca un cambio en las relaciones de sus partes internas, disolviendo en primer lugar el carácter anónimo y espontáneo del mercado -garantía, dice Engels (2), de la permanencia del "valor" como criterio objetivo para estudiar el sistema capitalista-; provocando una intervención creciente del poder político en la vida de la sociedad, intervención que acomoda y dirige los desarrollos puramente económicos del sistema. Después de Keynes la economía es una rama de la política del Estado y los monopolios que, en su acción, consolidan las estructuras privadas existentes.

El desarrollo del capitalismo produjo, a la par de su expansión universal, una identificación básica en el plano estrictamente político de las decisiones. El problema principal del sistema es la concentración y racionalización creciente del proceso, con la consiguiente liquidación o subordinación de aquellos que no poseen capacidad para acompañar el proceso de concentración creciente. Esta concentración en el ámbito privado se manifiesta, aún en el plano de la economía, como un sistema de decisiones en la cúspide. Los organismos de control y dirección política y social se encuentran tanto dentro como fuera del Estado -que es un Estado claramente intervencionista, no liberal-; los centros privados (corporaciones, trusts) no siempre llevan una

política coincidente a corto plazo respecto del poder institucional de la nación donde están radicados, aunque éste es la garantía última -y primera- de la permanencia del sistema basado en esas corporaciones (del sistema y no de cada una de las corporaciones entendidas individualmente). Una vez alcanzado el control sobre la evolución de la producción y de los beneficios, comienza a crecer en importancia y carácter decisivo la acción estrictamente política. Este resumen es válido solamente para los países metropolitanos, desde la perspectiva de la periferia lo político siempre fue de terminante.

En los países actualmente llamados "subdesarrollados" no europeos, y también en muchos de Europa, el ingreso a la circulación mercantil mundial se realiza primariamente a través de la política. Debería ser objeto de estudio detallado la cuestión de si el determinante económico del surgimiento capitalista es sólo un determinante coyuntural; fuera de las áreas pioneras y posteriormente hegemónicas -caso Inglaterra- el ingreso al sistema capitalista fue un ingreso político. En tanto el nuevo mundo es el que tiene la última palabra respecto del mundo viejo, no veo por qué en este caso las leyes del mundo viejo intentan ser universalizadas despojándolas de su carácter histórico.

Podría decirse: constituidas las sociedades hegemónicas del sistema mundial capitalista -o que fueron hegemónicas en una época- existe razón suficiente para definir la causa del proceso, pues las áreas periféricas son el producto político de una sociedad a su vez producida estructuralmente (por el desarrollo de las fuerzas productivas). Sin embargo, esa refutación no es fuerte en tanto considera mecánicamente las causas históricas, no como práctica sino como antecedente temporal, y por otra parte no toma en cuenta el carácter histórico del capitalismo que en una época surgió dentro de un orden feudal que se movía con sus propias leyes. En este caso también el triunfo del capitalismo sobre el feudalismo se resolvió en definitiva políticamente. Por otra parte, no sólo el capitalismo se transforma en imperialismo y por tanto cambian sus propias leyes, sino que esta transformación produce el surgimiento de un nuevo bloque político social que también tiene las suyas, que por el momento son determinantes del desarrollo de las fuerzas productivas y no a la inversa tal como propone el marxismo victoriano. Sería como plantear que la dinámica del proceso de transformación de la sociedad feudal occidental en capitalista estaba encarnada en la nobleza y no en la burguesía. El intento de eternizar determinados procesos olvidando su carácter histórico debe ser cuestionado permanentemente.

En definitiva, sin entrar en mayores disquisiciones, podríamos aceptar que el desarrollo de las fuerzas productivas fue causa del capitalismo, pero se puede poner en duda su carácter determinante en el posterior desarrollo del sistema, y finalmente debemos refutar que sean determinantes en la constitución de las sociedades dependientes y de la contradicción del imperialismo con los pueblos del Tercer Mundo.

Eso no quiere decir que no existan las fuerzas productivas y que no juegan ningún papel, sino que es preciso definir claramente cuál es ese papel. No se puede caer en la solución simplista de que no existen las fuerzas productivas y sólo existe la política, hay que definir la relación entre ambas y tener bien presente:

- 1) La unificación del mundo imperialista.
- 2) El desarrollo universal de las fuerzas productivas bajo el sistema imperialista y su desarrollo potencial dentro del mismo sistema. No descartar el problema de la

tecnología.

3) El Tercer Mundo no puede abstenerse de 1) y 2) porque son condiciones de su aparición, no puede plantearse el problema sin considerar ese proceso y como aquello que podría haber pasado si el imperialismo no existiese. Por lo tanto no hay un camino hacia la independencia exterior al imperialismo y al capitalismo porque todo el mundo forma o formó parte de ese sistema. La cuestión del Tercer Mundo como interno al sistema y no como exterioridad. La "exterioridad" provoca discusiones acerca de si el Tercer Mundo debe pasar por el capitalismo o no. El problema del capitalismo ya es un problema superado, guste o no el Tercer Mundo es parte del sistema mundial capitalista-imperialista y no está afuera de él. Aquí refutamos la teoría de la necesidad de la etapa demo-burguesa como escalón previo y la teoría del camino propio sin pasar por el capitalismo que esgrimen los románticos-folklóricos. La originalidad histórica del Tercer Mundo está en la originalidad histórica de un sistema imperialista universal. Bajo ningún aspecto puede aceptarse la teoría de la autonomía del Tercer Mundo respecto del desarrollo de un sistema capitalista-imperialista mundial. Hay que recalcar la "novedad" histórica del proceso liberador, en tanto no existió previamente a la aparición del imperialismo ni Tercer Mundo ni movimientos de liberación; como en su momento también fue "novedoso" el desarrollo capitalista dentro de la sociedad feudal europea.

Es equivocado el planteo de la identidad irreductible del Tercer Mundo a partir de una preexistente diferencia esencial -típico de algunas corrientes del pensamiento nacionalista popular de los tres continentes colonizados- que se mantiene no obstante la existencia del colonialismo y la integración mundial en la sociedad capitalista e imperialista. Creer que esta "causal" yuxtaposición es un accidente histórico que, superado, permitirá continuar por caminos propios y preexistentes la senda frustrada, es confundir lo esencial con lo accesorio.

No existen realidades preexistentes al sistema mundial imperialista, éste hace uno de un mundo dividido, y su escisión es la cara contradictoria de la unidad estructural del sistema. Plantear hoy que las nacionalidades oprimidas continúan su propio y primigenio camino, es no ver en la escisión-unidad-nueva escisión el surgimiento de realidades nuevas. La lucha contra la conquista y la colonización por las masas de los continentes colonizados desde que existe la colonización -porque el Tercer Mundo es un proceso histórico y no una entelequia siempre presente- muestra como necesidad para que exista el Tercer Mundo la aparición y consolidación del polo explotador, sin imperialismo no hay Tercer Mundo. El imperialismo por otra parte, convierte a sus colonias en contemporáneas, transformándolas radicalmente y creando una nueva realidad. Si bien existe una oposición básica al sistema colonial, desde Colón hasta nuestros días, esta oposición no fue siempre igual y hasta produjo resultados contradictorios con el Tercer Mundo como son los Estados Unidos; las **nuevas** oposiciones dependían de la continuación y ampliación del proceso imperialista, aunque más no fuera porque éste continuó y no terminó en los siglos 17, 18 o 19.

Plantear la escisión primigenia para ver la calidad irreductible actual del Tercer Mundo es un planteo lógico y no histórico. Se busca una lógica de la escisión y no la escisión lógica que surge de la historia real de estos pueblos, separados pero unidos a un proceso que los va conformando y transformando mientras dura (3).

Por eso debemos partir de la unidad del mundo bajo la dominación imperialista para

fundamentar la necesaria escisión del Tercer Mundo -la revolución- y no de una primaria escisión que justifica, romántica y no históricamente, la continuidad de las esencias.

Aunque los puntos de llegada pueden ser los mismos, y esto no tenga más que un sentido puramente erudito, la verdad histórica del proceso aparece claramente en la unidad impuesta al mismo por el imperio. En la lucha por superar esta unidad impuesta sobre la base práctica del pueblo real, histórico, reconocemos la importancia nacional de todos los que lucharon y trataron de impedir la consolidación del sistema. La lucha de los pueblos colonizados es una desde el comienzo pero a la vez distinta y producto de la permanencia y transformación del polo explorador. La lucha es inmanente al sistema y no trascendente del mismo; es en el mismo sistema que se produce la contradicción y no fuera de él. A la falsa universalidad de un sistema mundial dominante -falsa por su mismo carácter dominante y explotador y no por razones lógicas- se enfrenta la particularidad real de los pueblos: el Pueblo-Nación que se recupera; pero el Pueblo-Nación también es un producto histórico del imperialismo y no algo preexistente.

La escisión previa a la conquista que intenta mostrar lo perdurable de pueblos que fueron colonizados y destruidos, es sólo como posibilidad el Pueblo-Nación soberano. Desde la perspectiva actual del Pueblo-Nación oprimido vemos la línea histórica y el desarrollo de la "posibilidad". La conquista y el imperialismo crearon históricamente esta fuerza superadora; lo otro, aquello que pudo ser pero no fue, no es más que pura especulación y reconstrucción del pasado a partir de la "teleología" al revés que la historia incorpora a todo el proceso. El sentido está en el proceso mismo y es conocido a posteriori, a priori no hay más que una proyección subjetiva y no la historia real.

4) Los movimientos de liberación surgen como contrapartida a la dominación imperialista.

5) La dominación imperialista, como su nombre lo indica, es un hecho político fundamentalmente.

6) La actividad de la burguesía y su lucha política por el poder contra los feudales también fueron hechos políticos.

7) Las fuerzas productivas surgen de la actividad productiva -del trabajo social- el trabajo es una actividad colectiva y no una cosa. Entonces, la economía también es una actividad social, pero garantizada por un cierto ordenamiento: político. No existe la economía en general, sino la actividad económica de sociedades históricas, y la ciencia económica creada por la burguesía. La clase burguesa hace de la economía una ciencia y de la actividad económica una ley natural. Es preciso tener bien presente el concepto de sociedad y su relación con el Estado; sin Estado u otro organismo de dominación institucional no hay sociedad y tampoco economía (para la política y economía de occidente). En consecuencia, la política no es un mal necesario que será reemplazado por la administración de las cosas, sino todo lo contrario, lo cual no quiere decir que el Estado sea eterno ni mucho menos. La revolución convierte a la economía en política colectiva, así como el imperialismo la convirtió antes en política monopólica.

8) Decir que lo primero es la economía porque es preciso resolver el problema elemental de la supervivencia antes de hacer cualquier otra cosa, es, en primer lugar, caer en un materialismo vulgar bastante pobre, segundo, eternizar una situación que pudo ser cierta para las sociedades primitivas. Pero la satisfacción de las necesidades vitales es lo primero animal y no lo primero social humano. En el desarrollo histórico la producción se convierte en un proceso a la vez económico y político que garantiza la dominación y explotación de unas clases sobre otras. Finalmente, el "hambre" en las sociedades contemporáneas no es un hecho económico sino político, porque desde el punto de vista puramente económico de la utilización de los recursos no existe ningún problema (4).

9) Sin embargo, el desarrollo actual de las fuerzas productivas es importante para los países que se liberan -que alcanzan la liberación a través del hecho político de la toma del poder-; esa capacidad no es sólo importante respecto de la satisfacción de las necesidades crecientes del pueblo (necesidades definidas históricamente), sino también porque las fuerzas productivas son decisivas políticamente en el ámbito internacional, frente al cerco, el chantaje y la agresión. El mejor ejemplo del carácter político de las fuerzas productivas es la Revolución Cubana.

10) En conclusión: las fuerzas productivas son decisivas, pero ante todo son un hecho político definido históricamente y no un hecho económico natural. En un mundo totalmente socialista las fuerzas productivas no serían problema, desaparecerían automáticamente las diferencias entre regiones ricas y poderosas y pobres y débiles. Las fuerzas productivas son el principal elemento político y el horizonte histórico de una clase social que basa en el desarrollo económico su expansión y poder: la burguesía capitalista e imperialista.

La decisión política es previa y determinante del proceso económico social de desarrollo capitalista e inserción en el mercado mundial de los países de América, Asia y África. Aunque la necesidad económica de las clases dominantes europeas haya impulsado esa decisión política. En Europa pudo haber sido lo político, en ese caso es específico, la respuesta a una necesidad económica (desarrollo de las fuerzas productivas) que en relación a las colonias aparece fundamentalmente consumidora. En el nuevo mundo lo primero -su ingreso al mercado a partir de la conquista- fue la decisión político-militar de los conquistadores. La demanda europea de bienes que el continente no producía llevó a buscar los medios para establecer una corriente de intercambio.

En esta situación de liquidación de un orden feudal en Europa y de establecimiento de relaciones coloniales en las áreas exteriores al continente, aparece el capitalismo como el primer sistema universal. La burguesía es clase universal por su dominio universal. Pero así como es legítimo reconocer ese proceso histórico, la dominación colonial e imperialista da nacimiento a una nueva oposición universal que no se encuentra dentro de las áreas metropolitanas sino ubicada fuera de ellas: el Tercer Mundo.

La colonización no fue la causa única del desarrollo capitalista, promovió el desarrollo de fuerzas latentes y actuantes que aprovecharon el impulso colonial para lograr una plena expansión. Es falsa la teoría del capitalismo como consecuencia exclusiva de la colonización. Por otra parte, el carácter expansivo de los sistemas his

tóricos, que consolidan sus relaciones sociales internas a partir del proceso de dominación sobre áreas exteriores donde implantan un régimen diferente, debe estar presente cuando aparece la teoría lineal del desarrollo capitalista; esta teoría defendida por los marxistas de las áreas dependientes y metropolitanas es un freno objetivo al proceso político liberador (5). Asimismo, debe verse en el capitalismo un sistema mundial basado en la colonización y la esclavitud, y no la repetición formal del proceso inglés basado en la libre competencia y el trabajo libre.

En América Latina, la colonización, la independencia y el neocolonialismo impuesto por Inglaterra inmediatamente después, son procesos principalmente políticos, y definen el carácter que posteriormente tendrá cada nacionalidad así constituída.

En este marco histórico el Tercer Mundo resulta no sólo distinto de las metrópolis, sino contrapuesto a ellas. De aquí surge la necesidad de desarrollar una teoría de la situación dependiente basada en el concepto de contraposición, donde la periferia, si bien está unida por la dominación imperialista, es cualitativamente distinta de su dominador. Sus configuraciones sociales son propias de la situación dependiente y no resultan del traslado de la contradicción burguesía-proletariado al mundo colonial contra el sistema imperialista. Es otro el problema que aquí se plantea y otra la dinámica concreta del proceso político popular u oligárquico. El movimiento nacional liberador tiene raíces propias en la constitución de la sociedad dependiente y no se identifica con el "partido de clase" (6).

Definido el imperialismo y su unidad estructural en la sociedad dependiente, no existiendo diferenciación real entre sociedad civil y sociedad política -no inversión de términos sino unidad- más que en el plano intelectual del análisis, debemos señalar las características del poder como manifestación necesaria e inseparable de los contenidos de la condición dependiente; por otro lado, como creador de esa misma situación.

En la sociedad imperialista contemporánea el poder metropolitano es productor de las decisiones que impulsan el desarrollo y mantienen la continuidad del sistema. El poder político en las sociedades dependientes es un poder delegado del primero; sin embargo, pese a su carácter delegado es la política del Estado dependiente la que prima en los cambios locales frente al desarrollo civil de las fuerzas productivas. La situación de las sociedades dependientes, y el caso argentino es ilustrativo al respecto, depende más de las decisiones del Estado oligárquico que de los movimientos civiles de las clases sociales. Por otro lado la identificación Estado-Oligarquía Financiera e Industrial en la Argentina de hoy deja poco margen para las actividades no estatales del sistema. Tenemos que aclarar que el ser "creador" no le otorga al poder más autonomía que la que resulta en la sociedad local, mientras es producido a su vez por el poder hegemónico mundial en las condiciones de unificación del mundo. El carácter dependiente es el correlato necesario de la potencia dominante, es dependiente respecto de algo que no es él mismo, aunque ese algo distinto, el imperialismo, lo haya producido antes y lo reproduzca permanentemente. Dependiente en el estricto significado de subordinado.

En América Latina contemporánea es necesario precisar la relación existente entre a) autonomía y carácter productor de nuevas sociedades del poder soberano (antiimperialista); y b) las fuerzas que trataron de impedir su acceso al poder e intentan provocar la contrarrevolución. Los casos actuales de la Revolución Cubana y la Revo-

lución Peruana, y el anterior del peronismo en el poder. Esto en el sentido que el nuevo poder, si bien es contradictorio, ha surgido como fuerza popular en las condiciones específicas de dominación de las fuerzas derrotadas por el Movimiento y no en otra situación cualquiera. Entonces, el problema de la generalización resulta del estudio concreto y en profundidad de las características de cada poder local específico. Por ejemplo, el problema de la identidad y diferencias entre Perón y Fidel Castro, así como de los movimientos populares que constituyeron y constituyen actualmente su apoyo.

Desde una perspectiva continentalista -América Latina un país- Argentina, Venezuela, Brasil y México representan las áreas desarrolladas, mientras el resto de las naciones serían subdesarrolladas. El desarrollo desigual muestra polos nacionales de desarrollo que a su vez se vuelven a repetir dentro de cada país. El desarrollo desigual -no sólo económico sino fundamentalmente producto de un desigual poder- es la esencia del imperialismo, y en Latinoamérica el subdesarrollo desigual. La historia de estos países muestra que no hay garantías para que el desarrollo relativo actual siga más adelante, así como áreas muy atrasadas en una época avanzaron rápidamente en otra. Depende de la dinámica del sistema y de la posibilidad de dominar la insurrección, el otro problema que está siempre presente en la estrategia del imperio. No todo es política imperialista para afirmar una situación presente que produce beneficios, el imperialismo prevé problemas que pueden presentarse y actúa en consecuencia, garantizando los futuros negocios. Se hacen concesiones de carácter reformista, se garantizan fuentes de aprovisionamiento futuras, etc. El caso de Paraguay, donde el principal producto del país son los paraguayos, y donde Stroessner fomenta la "vuelta al campo" para instalar economías agrícolas autosuficientes. Estas economías rurales producen en primer lugar mano de obra excedente, y en segundo término, sirven para garantizar la estabilidad de un área estratégica dentro del continente.

La política es el aspecto decisivo de la unidad de política y economía. Aquello que aparece como económico, las inversiones por ejemplo, es política económica, o sea política imperialista, política de expansión. La concepción que la economía es determinante, es una falacia aparentemente marxista y parte del supuesto de la permanencia de la libre competencia, de la espontaneidad de los mecanismos del mercado, etc. Pero los productos anónimos fueron enterrados por los monopolios que no son en absoluto productores anónimos y espontáneos. Si bien no puede hablarse todavía de una planificación central en los países imperialistas, desde Keynes se ha avanzado mucho en esa dirección. En la actualidad el ciclo económico no está librado al azar, la decisión política del poder institucional y de los grandes monopolios es el aspecto principal de este proceso; y política en el sentido más clásico, como capacidad para conformar la sociedad al servicio de un sector de esa sociedad. Por eso el Movimiento Nacional Liberador expresa la cuestión en sus verdaderos términos, como política nacional y como política internacional (7), en tanto el objetivo del Movimiento es incorporar a las masas al proceso de las decisiones sobre el destino de la Nación. Hasta ahora las masas fueron el objeto de la historia, mientras la clase monopolista nacional y extranjera actuó como sujeto. Con el Movimiento en el poder cambia totalmente la cuestión. Por lo tanto, negamos totalmente al "economismo" capacidad crítica sobre el proceso, los hechos lo muestran como la principal herramienta ideológica de la política imperialista actual: el desarrollismo (8).

II. EL PODER EN LA SOCIEDAD LATINOAMERICANA Y ESPECIALMENTE EN LA ARGENTINA - ENFOQUE HISTORICO IMPERIALISMO Y PODER

En tanto subdesarrollo y dependencia son la contrapartida del desarrollo e independencia de los imperialistas, deben ser replanteadas las teorías del Estado desde esta perspectiva, poniendo en el plano más destacado el problema nacional como aspecto determinante del poder. Esto tanto en los países imperialistas como en los dependientes. En los primeros, el problema nacional aparece como la contradicción entre la expansión del poder imperial y las fronteras nacionales de las clases monopolistas y en la imposibilidad de integración total, ni siquiera en las metrópolis. Sin embargo, la tendencia integradora se refuerza en las metrópolis en desmedro del Tercer Mundo, el mundo aparece dividido en dos polos básicos y en ellos se desenvuelven las fuerzas nacionales revolucionarias que intentan romper la situación.

El problema nacional supera en importancia al problema clases sociales, y subordina a éste respecto del problema básico. El problema "clases" debe ser visto no en su aspecto de interés concreto de sector en oposición a otro igualmente abstracto e internacional, sino en la vinculación con un proyecto de nación dependiente o independiente.

La estructura en América Latina es la integración orgánica del sistema de producción e intercambio y las clases sociales locales, con la expansión de un mercado mundial capitalista o imperialista controlado por los países más adelantados. Las formas específicas de relaciones sociales en los países-dependientes son superestructura del primer aspecto más importante. El feudalismo colonial es superestructural, lo decisivo en la economía colonial es su carácter mercantil, su integración en el mercado mundial. Se invierten los términos de la formación social capitalista en las naciones metropolitanas o pioneras, en tanto el elemento introducido por éstas -desde afuera- es el aspecto decisivo; en las metrópolis, son las condiciones locales las que permiten aprovechar y capitalizar esta expansión internacional. Está planteado el problema del "sentido de la historia", quién es el factor dinámico en un proceso, desde cuándo y hasta qué momento.

Es evidente la importancia que tiene esta definición para analizar las formas estatales, los nuevos sistemas políticos, que surgen a partir del siglo pasado en el continente latinoamericano. Estados aparentemente oligárquicos en lo superficial, son en ciertas oportunidades estados nacionales defensivos frente a la penetración de la manufactura, del poder financiero y la influencia política de las metrópolis europeas. Formas aparentemente democráticas, relacionadas con las ideologías más avanzadas de Europa -asumidas por una "clase política" que debe crear todavía su base económico-social de poder con el apoyo de las grandes potencias- se convierten en las formas más eficaces de subordinación al poder político y financiero de Europa -concretamente de Inglaterra- en estas áreas.

El problema de la dependencia es la constitución de estados jurídicamente libres pero realmente subordinados al sistema mundial de dominación, donde la relación de la sociedad nacional con el mercado internacional conformará a las clases sociales como creación de ese sistema mundial y no como resultado de procesos autónomos de desarrollo. La "nación" y el nacionalismo también son producto de la dominación

internacional capitalista, sin colonización capitalista no hubiera existido el "nacionalismo" como contrapartida. Y esto no está planteado en el sentido intelectual de las doctrinas nacionalistas europeas del siglo pasado, sino como contradicción objetiva del sistema con características radicalmente distintas a las teorías nacionalistas.

Las luchas internas, políticas y sociales, en nuestro país estuvieron conectadas con el problema internacional aunque sus protagonistas no siempre fueron conscientes de ello. Determinadas alianzas de clases y sectores sociales significaron superaciones nacionales e intentos de autoafirmación frente a la tendencia colonizadora; y otras -independientemente de su carácter más o menos democrático- son variaciones del proceso de integración como área dependiente en el sistema mundial imperialista. Las luchas políticas deben ser vistas en esa perspectiva, la única cuyo contenido es fundamental para el desenvolvimiento de las sociedades periféricas.

Con las guerras de independencia la Argentina ingresa como nación soberana al sistema de división internacional del trabajo, caracterizado en la metrópoli inglesa por la libre competencia y el libre cambio. El libre cambio fue la libertad estatal para negociar el ingreso subordinado del país al área bajo control inglés. La proclamada libertad de comercio y la libre competencia, fomentada por la clase política rivadaviana con intereses mercantiles en el puerto de Buenos Aires, fue una pantalla para la dominación de un monopolio de nuevo tipo -respecto del monopolio colonial español- resultado de la revolución industrial, que colocó a Inglaterra a la cabeza del mundo capitalista. El sistema rivadaviano proyectó la destrucción de la industria artesanal del país y el ingreso de la manufactura inglesa; concesiones de recursos naturales productivos a firmas inglesas; empréstitos para financiar el déficit producido por la guerra civil y la guerra con el Brasil. Favoreció la implantación de una estructura mercantil importadora y garantizó su solvencia económica con el monopolio estatal de la tierra a través de la ley de enfiteusis (9).

Esta situación de una supuesta libertad jurídicamente garantizada permitió establecer un sistema monopólico de control económico, pues la competencia se realizaba fuera del área americana y eran los triunfadores en la competencia inglesa o francesa, amparados por un sistema liberal, quienes conquistaron estos mercados. A partir de ese momento el monopolio financiero y mercantil está, en el Río de la Plata, en manos de Inglaterra como potencia nacional. La flota y la diplomacia inglesa garantizan el buen funcionamiento de sus economías en esta zona (10).

El interregno de Juan Manuel de Rosas, especialmente entre 1835 y 1852, significa un freno al avance de la influencia inglesa y el intento de constituir una comunidad nacional autosuficiente y capaz de enfrentar con éxito la presión internacional. Bloqueos ingleses y franceses, conspiraciones de personajes relacionados con la "libertad de comercio", la presión de los emigrados sobre las cancillerías y la traición de caudillos provincianos que olieron el negocio de la "libre navegación" como el correntino Ferré y el "libertador" Urquiza. En este cuadro de múltiples presiones y chantaje internacional se desarrolló el gobierno de Rosas apoyado fundamentalmente por las masas urbanas más pobres y por algunos gobiernos provinciales. El federalismo del interior no fue totalmente rosista y es fácil explicar el hecho, debido al necesario centralismo porteño para consolidar la defensa nacional frente a la presión imperialista, centralismo que afectaba el poder de los señores locales y los hacía permeables a las sugerencias de los unitarios y liberales que proponían la rebelión. Con

posterioridad al derrocamiento de Rosas esos mismos caudillos provincianos tomaron las armas para luchar contra la oligarquía porteña pero ya era tarde en esas condiciones para derrocar al régimen entreguista. Rosas es derribado por la alianza del Brasil, Inglaterra y Urquiza, mientras los unitarios esperan el triunfo de Caseros el 3 de febrero de 1852 para ocupar el gobierno y continuar el proceso dejado trunco a la caída de Rivadavia.

Un país diferente comienza a surgir a partir de esa fecha, la reorganización de la sociedad nacional de acuerdo al desarrollo del sistema capitalista crea nuevos núcleos sociales que en el radicalismo van a depositar, cincuenta años después de Rosas, las esperanzas de una transformación nacional (11).

En el siglo pasado aparecieron en la Argentina los dos grandes bloques políticos y sociales que dividen realmente al país: las fuerzas nacionales defensoras de la soberanía y enemigas de todo sistema de dominación extranjera, y las fuerzas antinacionales siempre dispuestas a ofrecer sus servicios al imperialismo de turno. La oligarquía local estuvo desde el primer momento en el segundo de los bloques, aprovechando la relación subordinada del país para enriquecerse y establecer vínculos sociales y políticos que permitieran su ejercicio del poder. Allí arranca la línea histórica de la entrega: unitarios y lomos negros, Rivadavia, Mitre, los liberales, el unicato conservador y fraudulento, la Unión Democrática, el gorilismo. Culmina con el desarrollismo en sus dos variantes, liberal o militar, la política imperialista dirigida por los Estados Unidos. La clase mercantil porteña, la oligarquía terrateniente, los abogados y gerentes de compañías e intereses extranjeros, la nueva oligarquía financiera e industrial, las fuerzas armadas que acompañan el proceso hasta convertir a la Argentina en un país ocupado y a sus militares en policía de los intereses extranjeros, forman la "vanguardia" del antipueblo que históricamente hizo al país un apéndice del imperialismo dominante. Pero toda vanguardia tiene su ejército y en la Argentina ese ejército fue principalmente la clase media influenciada por ideologías liberales o socializantes, que actuó siempre como fuerza de choque o electoral de intereses que no eran los suyos, a cambio el régimen otorgó a este sector algunas migajas que crearon imagen de "prosperidad" (12).

Las masas nacionales traen la independencia con sus ejércitos libertadores, se expresan en el gobierno de Rosas y en la rebelión montonera contra Mitre, Sarmiento y la guerra imperialista de la Triple Alianza; finalmente van a constituir los movimientos populares de masas en el siglo XX: el radicalismo Yrigoyenista y el peronismo. El pueblo-nación constituye esta fuerza política que se opone sucesivamente a los regímenes entreguistas. Las clases populares encarnan a este pueblo nación que busca su camino para liberarse, y su composición varía con los cambios que el imperialismo provoca en el país dependiente. Con el peronismo, la clase trabajadora encabeza al pueblo-nación y comienza una nueva etapa en la larga lucha por la independencia. Desde la "barbarie" hasta los "cabecitas negras" y los "descamisados" una sola línea histórica permite recuperar y profundizar el proceso. (El desarrollo del tema "movimientos populares" va en el punto siguiente y en el capítulo 4 de este trabajo).

Una cuestión que siempre apareció como importante, y supuestamente expresa a la "democracia nacional" frente a la oligarquía, es la famosa contradicción puerto-interior. Las fuerzas del interior frente a los porteños. Esta línea tiene como padre intelectual a Juan Bautista Alberdi en su última etapa, porque en la primera fue uno de

los principales ideólogos de la restauración liberal en 1852. La no comprensión del problema del imperialismo lleva a ciertos sectores a ver en Buenos Aires al principal enemigo, cuando Buenos Aires fue históricamente una punta de lanza del imperialismo inglés. La política porteña era una política delegada por la gran potencia, que no tuvo problemas en favorecer el ingreso al poder de sus hombres en el interior, caso Sarmiento y Roca el siglo pasado, para continuar con la misma política integral y no localista. La contradicción puerto-interior, que realmente existe, es una contradicción espectacular y muy visible, pero secundaria respecto de la principal: nación-imperialismo. Su carácter espectacular muy bien puede ser uno de los instrumentos objetivos que el imperio crea para mantener su dominio sobre el área nacional (13).

El desarrollo desigual del capitalismo como sistema mundial y nacional, produce poderes desiguales en distintos sectores de las clases poseedoras, que se reflejan en la distribución del poder estatal. Este proceso, universalizado por el imperialismo, reaparece en las áreas coloniales y dependientes creando situaciones de progreso relativo frente a otras áreas, y también de influencia relativa (política) de una región sobre otra. El problema Buenos Aires-interior debe verse a la luz de este proceso y del carácter estructuralmente dependiente de la sociedad argentina.

La burguesía "nacional" de los países imperialistas se identificó -en el siglo pasado- con el Estado, negando en la práctica la pantalla liberal que tanto éxito le dio a su proprio país y que a partir de ese período le sigue produciendo en las áreas dependientes. En tanto Inglaterra se convierte en potencia internacional dominante, burguesía y Estado inglés identificados establecen relaciones y provocan desarrollos en las oligarquías locales. Las crisis políticas en los países dependientes -no coloniales- fracturan esta relación y actúan en determinadas circunstancias como alternativas "nacionales", permitiendo el surgimiento de fuerzas opuestas que, llegado el caso, acceden al poder y crean situaciones no previstas en el conflicto original; tal el caso de federales y unitarios con su consecuencia: el poder nacional de J. M. de Rosas durante 17 años.

Para la concepción lineal del desarrollo histórico, donde el imperialismo es resultado de una incapacidad de los pueblos periféricos para llevar adelante por sí mismos las políticas adecuadas, el problema del poder -o de la sociedad pues el poder es "exterioridad"- se reduce a los mecanismos adecuados para convertir a estas sociedades en similares a aquellas que encarnan el "progreso". Para esta teoría, que tiene manifestaciones de izquierda o derecha, no existe una integración de los procesos en función de la dinámica impuesta por la potencia dominante. Las áreas imperialistas y las dependientes son expresión de un desarrollo lineal que geográfica y socialmente no se ha realizado todavía, pero debe ser conseguido por las sociedades "atrasadas". Hay una línea de desarrollo para todas las sociedades sin excepción, no importa cual es el momento en que comienza el "despegue". No ven la dependencia y el retraso relativo como complementario del adelanto de otros -no entienden el problema de la "aceleración evolutiva" y la "actualización histórica" que señala Darcy Ribeiro, ni el problema estructural del desarrollo imperialista y su carácter desigual- no analizan los problemas reales, sus conclusiones actúan ideológicamente en beneficio de la conservación del orden.

Los teóricos de la modernización unen dos elementos básicos en su teoría: el marxismo formalmente considerado, y la clase media que tendría los valores de la moder-

nidad. No obstante reconocer la existencia de clases sociales y de ciertas contradicciones objetivas entre ellas, su lucha expresa el movimiento hacia la modernización, el progreso, la racionalidad; por otro lado, las "clases tradicionales" son rémora de un feudalismo que debe ser superado. Aunque critiquen el papel real de las clases medias, buscan en otros grupos o clases esa modernidad típica. O la clase media asume su responsabilidad histórica u otras clases o sectores reemplazarán a ésta para realizar los fines de la clase media.

El análisis tiene entonces tres polos básicos -ninguno es el imperialismo concreto-, el primero es la oligarquía feudal-tradicional; el segundo, la clase media modernizante representada en las ciudades por industriales y políticos, en algunos casos por los técnicos y las fuerzas armadas; finalmente, la clase obrera que necesariamente tiene que insertarse en el proceso de modernización encabezado por la clase media. Como la clase media como tal siempre fracasa, haciendo grandes proyectos en el papel pero quedando a pie cuando de llevarlos a la práctica se trata, los valores modernizantes se encontrarán en ciertas "élites" de la administración, las fuerzas armadas y las organizaciones gremiales, obreras o empresarias.

Esta gente cree que todavía hay que hacer la revolución francesa en América Latina, formula la teoría de la burguesía capitalista en ascenso y lucha contra la nobleza feudal, en los términos de la lucha entre la sociedad tradicional y subdesarrollada por un lado, y la sociedad industrial por el otro. Es una especie de marxismo preimperialista referido al surgimiento del capitalismo, que considera al imperialismo -aún con reparos- el elemento modernizador de las estructuras atrasadas.

En este esquema el Estado tiene dos posibilidades; ser el instrumento modernizador o el instrumento del atraso, la lucha es de lo moderno contra lo antiguo. Lo antiguo, que ocupa ciertos resortes de poder social, contra el progreso que se va imponiendo y busca el control del Estado. Esta política -a partir de una interpretación sui generis del "costo social" elaborada y propagandizada en nuestro país por los frigeristas- pretende una conciliación universal y considera que el interés común se encuentra en una corriente constante de capitales que permita el desarrollo autosostenido.

La concentración imperialista en grandes trust, en grandes monopolios, provoca la desaparición de la competencia desenfadada de multitudes de empresarios. La concentración permite a los monopolios planificar su política privada a largo plazo.

En tanto los monopolios se vinculan con el Estado y constituyen un sistema político-económico monopolista, con participación directa del Estado en las programaciones económicas y de los monopolios en las políticas estatales, ambos actúan de común acuerdo planificando la política expansiva y colonial. No existe una política única para las áreas dependientes, una vez conformadas éstas como estructuras del mismo sistema de dominación, las políticas de los imperialismos se modifican y adecúan tanto a la propia evolución del sistema imperial, como a los cambios que se producen en las áreas neocoloniales.

Después de la crisis mundial del año 1930, con el desplazamiento de Inglaterra como potencia dominante en Sudamérica, los Estados Unidos introducen una nueva dinámica que es consecuencia de la expansión de su economía y adecuación de la misma al sistema organizativo imperial. Al mismo tiempo, los norteamericanos ajustan los mecanismos de seguridad del imperio frente a la contrapartida nacional y revolucio

naria de los pueblos, cada vez más importante en América Latina, que tuvo y tiene oportunidades de ejercitarse en el poder. Estos imponen al imperialismo aún dominante en el continente, así como a los otros imperialismos que esperan el momento para lanzarse a la conquista, modificaciones y ajustes para impedir la pérdida de su posición hegemónica. Como el imperialismo está trustificado y planifica su actividad, las "defensas del sistema" son también ofensivas del imperio para ampliar su radio de acción y garantizar por más tiempo el dominio sobre estas áreas (14).

-
- (1) Peter Worsley, La teoría revolucionaria de Frantz Fanon, y E. Collotti Pischel, "Fanonismo" y "Cuestión Colonial"; en Frantz Fanon y la revolución anticolonial, Ediciones del Siglo, Buenos Aires, 1970.
 - (2) Federico Engels, Prefacio a la primera edición alemana; en Karl Marx, Miseria de la Filosofía, Ed. Signos, Buenos Aires, 1970, pags. 204 y 205.
 - (3) Norberto Wilner en algunas afirmaciones corre el riesgo de plantear el problema fuera del marco histórico real. En parte es destinatario de esta crítica, que no es una diferenciación con sus posiciones, porque Wilner señala correctamente: "Mientras la Tercera Posición hace afirmación de la entidad irreductible del Tercer Mundo, el marxismo originario se encuadró desde el vamos dentro de las posiciones europeas de reducción destructiva de lo que ahora llamamos Tercer Mundo. Y si bien esta afirmación nos separa irreversiblemente del marxismo, tal como lo testimonia la historia de las luchas nacionales en nuestro país, la existencia de movimientos de afirmación nacional que tienen al marxismo como doctrina oficial, no desorienta en manera alguna a la Tercera Posición. Ninguno de los movimientos de afirmación nacional argentinos desde Artigas hasta la II Guerra Mundial, dejaron de moverse doctrinariamente en el seno de la ideología liberal. Pero nadie puede dejarse engañar ni creer que esos movimientos llegaron a asimilar en algún momento el núcleo del liberalismo que era un núcleo antinacional, de exaltación de todo lo extranjero y de invitación a la destrucción de la "barbarie" nacional. Si a esta experiencia histórica nuestra, sumamos la conciencia que tiene la Tercera Posición de que su planteamiento como tal "tercera" no pudo haber sido anterior a la II Guerra Mundial, y la conciencia de la condición confusionista que define el supuesto antagonismo entre el comunismo y el occidente liberal, no nos puede desorientar, por ende, el hecho de un movimiento de afirmación nacional y de planteo tercermundista que adopte como bandera suya la de la "ortodoxia marxista" Pero al mismo tiempo ese marxismo no nos deja de alertar acerca de ciertas secuelas; por ello es que el punto de confluencia con el marxismo no puede ser ningún otro que el Tercer Mundo. Pues fuera de él, la presencia del marxismo nos avisa acerca de una veta de inconsecuencias en cuanto a una afirmación radical del Tercer Mundo. Ellas emanan fundamentalmente de la permanencia de un oportunismo de falsas esperanzas de revolución para con la izquierda liberal y, en consecuencia, la presencia del freno que significa dejarse atrapar por las luchas in

terimperialistas", Norberto Wilner, La tercera posición justicialista y el marxismo, Antropología Tercer Mundo, Nº 4, 1970, pág. 39/40.

- (4) Las afirmaciones de Marx y Engels en La Ideología Alemana, de Engels en Anti Duhring, y Lenin en Quiénes son los amigos del pueblo y cómo luchan contra la socialdemocracia, Obras Completas, Tomo I, Ed. Cartago; que señalan la prioridad de la satisfacción de las necesidades vitales.
- (5) Por teoría lineal entiendo a las formulaciones marxistas que derivan de El Capital de K. Marx, especialmente del primer tomo, su interpretación sobre las etapas históricas y la realidad actual del Tercer Mundo. Un texto más leído que El Capital entre la izquierda y que abona también esta posición es La Ideología Alemana, primera parte: Feuerbach. Como contraposición a la teoría lineal, señalamiento del carácter expansivo del sistema capitalista e imperialista y del carácter contemporáneo de las áreas dependientes, ver Darcy Ribeiro, Las Américas y la Civilización, 3 tomos, CEAL; especialmente la primera parte del tomo I.
- (6) Norberto Wilner, Ser Social y Tercer Mundo, Ed. Galerna, Buenos Aires, y Carlos Mastrorilli, Dependencia y Conocimiento Político, mimeógrafo, ficha ALFA.
- (7) Juan Domingo Perón, La hora de los Pueblos, Ed. Viento Norte, Bs. Aires.
- (8) Ver en este volumen Crítica del Desarrollismo. Los temas de este último párrafo se desarrollan en el Cap. 2: Imperialismo y Dependencia. Aspectos económicos de la dependencia en la Argentina (Poder y Dependencia, Cap. 2). Para este primer punto del capítulo 3 debo reconocer el aporte de Darcy Ribeiro, Héctor Silva Michelena y Alfredo Chacón, Cuatro preguntas sobre América Latina, mimeógrafo, ficha ALFA. Desarrollos teóricos importantes sobre el tema en Celso Furtado, La concentración del poder económico en los EE. UU. y su reflejo en América Latina, CEAL, Buenos Aires, 1969; y Paul Baran y Paul Sweezy, El capital monopolista, Ed. Siglo XXI, México.
- (9) Rodolfo Ortega Peña y Eduardo L. Duhalde, Baring Brothers y la historia política argentina; Ed. Sudestada, Buenos Aires, 1968.
- (10) Carlos Pereyra, El mito de Monroe, Ed. Jorge Alvarez, Bs. As., 1969.
- (11) Un desarrollo detallado de las fuerzas sociales y políticas argentinas —e inglesas— durante el siglo pasado en Rodolfo Ortega Peña y Eduardo L. Duhalde, op. cit., y Felipe Varela contra el imperio británico, Ed. Sudestada, Bs. As., 1966; Carlos Pereyra, op. cit.; Gonzalo Cárdenas, Las luchas nacionales contra la dependencia, Tomo I, Ed. Galerna, Buenos Aires, 1969. Un estudio de la guerra imperialista de la Triple Alianza contra el Paraguay, que muestra el carácter imperialista de la dominación inglesa en esa época, en los libros citados de Ortega Peña y Duhalde.
- (12) El tema de la oposición nacionales y cipayos lo desarrollé en Pensamiento nacional y sociología antinacional, mimeógrafo, Ficha ALFA.
- (13) El mejor análisis sobre la figura de Urquiza y la contradicción puerto - interior

se encuentra en Ortega Peña y Duhalde, Baring Brothers..., pág. 75 y ss. Allí citan a Raúl Scalabrini Ortiz, posiblemente el más grande científico social de la Argentina: "Siempre se ha acusado a Buenos Aires de operar la subordinación del interior con fines de absorción y de centralismo local. Esta afirmación, en gran parte afirmada en los falsos análisis de Juan Bautista Alberdi y repetida hasta el cansancio por todos los que se han ocupado del problema nacional, disimulando ingenua o conscientemente la influencia extranjera, predominantemente inglesa, ha servido para dar un aire lógico a las inexplicables anomalías de la política nacional, interna y externa. Pero esta es una explicación candorosa o culpable, por que disimula al verdadero promotor. Los gobiernos nacionales, siempre ejercidos por provincianos, actuaron a favor del centralismo, favoreciendo los planes de los comerciantes y financistas británicos". Op. cit., pág. 103 y 104.

(14) El capítulo 3 de Poder y Dependencia sigue con:

- III. Movimientos populares. La naturaleza del peronismo. El desarrollismo. El Estado argentino actual. Clase dominante: clase gerencial. La decadencia de la oligarquía rural.
- IV. Poder político, estructura imperialista y violencia. Las fuerzas armadas y la guerra civil mundial.
- V. Estado-Nación; Pueblo-Nación. Las clases sociales y la nacionalidad. El Movimiento de Masas.
- VI. Análisis civil y análisis político. El problema institucional. Instituciones, política y sociedad.

horacio gonzález
estrategia, ideología,
análisis institucional

Este comentario es el rápido resumen de un artículo que estaba preparando para la publicación colectiva de las Cátedras Nacionales. A medida que pasaban los días la extensión de ese artículo aumentaba peligrosamente y kilométricamente; las discusiones políticas que tienen lugar en los trabajos prácticos de Problemas de Sistemática me hicieron ver la necesidad de ajustarlo y entonces aproveché, de paso, para abreviarlo al máximo y darle un carácter más declarativo, ahorrador de largas fundamentaciones y exposición de supuestos.

Lo que voy a desarrollar es una teoría del discurso político de liberación nacional en Argentina. Una teoría del discurso político parte de la identidad entre el sujeto que la expresa y las propiedades del cuerpo teórico, hace coincidir el sujeto de la teoría con el sujeto práctico, real, existente, que la formula. Diversas teorías, aún con pretendido aliento crítico, no se plantean esta coincidencia, anulando el sujeto político en beneficio de reglas que permitan el reposado estudio de las condiciones de madurez del sistema capitalista.

La relación general entre la teoría y la acción está explicada, precisamente, por la intervención inmediata de la teoría en el proceso revolucionario y, obviamente, ésta es la única garantía posible de conocimiento de la realidad. La teoría ha de ser una llave que permita la inserción de los sujetos en el cauce revolucionario, el conocimiento colectivo que permita o descubra los accesos a la transformación de lo que existe. A esta peculiar condición de las teorías que nos hablan de la revolución la denominamos teoría del discurso político: al no "teorizar" meramente sobre los momentos de "eso otro que no es teoría" sino, en cambio, al ser la expresión del sujeto político que se interroga, reflexivamente, sobre las vías de la acción, sobre las posibilidades de la estrategia y las fuentes de la ideología, la teoría del discurso político hace justicia a la vieja ambición de muchas doctrinas: convertirse, cuando se encargan de ellas las masas, en fuerza material.

Hago esta referencia a la teoría del discurso político —que para lo que interesaba en este comentario pudo ser dejada de lado— porque se nos suele reprochar, acongojadamente, por el olvido en que sumimos a las "categorías de determinación" del proceso social. No las olvido; simplemente no he partido de ellas, y después veremos

si un punto de partida alojado en el pensamiento político en acción resulta ser fructífero, (vg., logra tomar decisiones adecuadas sobre esas categorías de dominación).

Cuando decimos que en el plano en que nos situamos —teoría del discurso político— encontramos las mayores garantías para la materialización de las teorías, pretendemos que eso suceda en primer término en aquellos lugares donde ellas se expresan y circulan. Para el caso de las Cátedras Nacionales, esto forma parte de sus convicciones más acendradas: justamente se explica su vigencia por su constante intención de debilitar los mecanismos académicos que protegen el estado de irresolución de las ideologías universitarias, politizando la situación docente y limpiando continuamente las vías de acceso de las teorías hacia su fuerza material.

Insisto, entonces, en que estamos en una teoría del discurso político, una teoría que nos dice cómo hay que hablar de política en la Argentina, y que por eso mismo, habla también de nosotros, en el mismo movimiento conceptual. Estamos, pues, en el plano de la política, en el plano absorbente de la estrategia y de la ideología. No hablamos de la sociedad —repito, no hablamos (por el momento) de la sociedad—, sino que hablamos de las reglas de la revolución nacional en la Argentina como lenguaje y como consigna política.

La estrategia y la ideología son los dos polos de la teoría del discurso político y en el medio, como veremos, está el análisis institucional. Pero en la Nación, en la definición de Nación, siempre que no la veamos como instancia del desarrollo histórico de la burguesía, encontramos el espacio donde se unifican la estrategia y la ideología: se trata, estratégicamente, de conseguir la nación, de recuperarla de su estado de dependencia; se trata, ideológicamente, de proceder con el nacionalismo del pueblo, única doctrina capaz de sintetizar la independencia nacional. Estrategia e ideología son, acá, dos caras de la misma moneda. "El "nacionalismo económico" —**hoy horizonte** de pensamiento de las masas populares— es la adecuada recepción estratégico-ideológica que recibe el tema económico, (alusión a una de las "determinaciones"), en el plano de la teoría del discurso político.

Una teoría así no es un remedo romántico, esencialista u ontologizante (como se le atribuye) sino que es —por el contrario— un pensamiento sobre la actualidad, recuperador de la historia que totaliza las luchas por la independencia nacional en la Argentina, a la altura de discurso y de lenguaje, y digo esto porque tenemos tiempo aún para ser delicados con aquellos que vigilan constantemente las cenizas del historicismo, para que no brote la llama. Se trata, en efecto, de la recuperación, en el presente actuado, de la historia del pueblo-nación, se trata de no ser contemporáneos filosóficos del presente, sino efectivos protagonistas de nuestro presente como historia, con el sentido, la organización y el horizonte que en la Argentina propone el peronismo.

La teoría del discurso político debe hacerse preguntas fundamentales. Efectivamente, debe hacerse cargo del impacto de las determinaciones sociales en la vida política y debe adecuar a ellas el discurso político (los principios de la organización, de la conducción, del encuadramiento). Cómo se organiza al pueblo y a la masa, vistos como objetos de la determinación social? La organización del pueblo, he aquí el tema que aparece con tanta fuerza en el peronismo. Organizar es politizar, es arrebatarse a las masas del estado de inorganicidad en que las tiene la sociedad civil. Es que la

existencia de los procesos puramente civiles, la no existencia de la vida política en los acontecimientos exclusivamente económicos, en la producción de la vida material y en la organización del hecho productivo, origina la siguiente pregunta fundamental para la teoría del discurso político: Cómo es que puede no existir la política cuando se desarrolla la sociedad en su carácter económico, organizada exclusivamente para la producción material bajo la "dictadura del Capital"? Cómo hacerla — entonces — existir?

Se ve cómo la teoría del discurso político nos va sirviendo para arribar a justificaciones del movimiento nacional como práctica liberadora en la Argentina. Falta exponer un instrumento clave del pensamiento político en acción, me refiero al análisis institucional.

Mediante el análisis institucional inducimos el análisis de cómo se produce la adhesión y compromiso de las masas incorporadas en el sistema de asalariamiento y empleo respecto a las instituciones de dominio y de la dictadura del Capital. El análisis institucional arroja luz sobre la estrategia y la ideología nacional del peronismo. El análisis institucional se muestra activo en la reconstrucción conceptual del pensamiento político en acción, lleva a la búsqueda de posibilidades estratégicas y se evidencia como una expresión de la dialéctica de las ideologías.

El movimiento nacional tiene interés en el análisis institucional, pues disputa la adhesión de las masas a las instituciones de control civil que ejecutan la dictadura del Capital imperialista. Dos mayorías se yuxtaponen: el movimiento nacional es siempre mayoritario, y el sistema de dominio, a su vez, convoca a su alrededor a la actividad, alienada y despojada de sentido político, de la gran población asalariada y empleada en las organizaciones económicas públicas y privadas.

El movimiento nacional, en su historia y posibilidades, es el reverso de ese control institucional y, a la vez, se ve alimentado cuando las instituciones de dominio se debilitan y entibian el trazado de su estructura jerárquica. El movimiento nacional ha penetrado en ellas, la revolución se acelera, lo corporativo y estamental se pierde para las instituciones.

Por lo visto, las instituciones de dominio, desde el punto de vista de la teoría del discurso político, proceden todas de la misma forma: reclamándose como la autoridad frente a las masas. En el sentido estratégico, el movimiento nacional produce el análisis institucional disputándole las masas a la autoridad civil, desde dentro y desde fuera de las instituciones de dominio. El que está afuera se jerarquiza politizando sus carencias y necesidades, el que está adentro se politiza ante el debilitamiento de las jerarquías y de las "autoridades competentes". No es difícil reconocer en esta descripción la escena revolucionaria de la Argentina en 1945 y en 1970.

Pero sólo aludimos hasta aquí al plano estratégico, cuyos límites y posibilidades las da el análisis de la trama institucional de las sociedades: el análisis institucional no rinde sus frutos si no lo hacemos jugar en la comprensión del papel ideológico de las instituciones, lo que llamamos la expresión de la dialéctica de las ideologías.

Precisamente, es esto último lo que nos permite diagnosticar el "fin" de aquellas ideologías que son la expresión engañosa y parasitaria del poder de las instituciones de

dominio. Aquí no importa la ideología, importa el poder. Las ideologías son un mero distintivo, una argamasa de los Estados, y en lo interno, un hilo conductor para el ensamble, coordinación y homogenización de las instituciones de dominio. Las ideologías son reparo y función de las instituciones: en la Argentina, en los últimos cuarenta años, el liberalismo sufre la disputa de una nueva propuesta de procedimiento institucional; se trata del nacionalismo institucional, en tanto teoría de la alianza de la institución sindical y la institución militar. El liberalismo aún confía en instituciones autogeneradas, en el Partido Liberal, pero en la Argentina contemporánea, la realidad del Estado como institución de masas, consagra el crecimiento irreversible del nacionalismo institucional como futura ideología de control, aunque hoy haga valer, juvenilmente, un lenguaje donde aparece la palabra "revolución". La polémica entre nacionalismo y liberalismo, en la Argentina, es una polémica sobre los papeles políticos de las instituciones de dominio, fundamentalmente del Ejército. Vistas así, las ideologías son un epifenómeno del poder institucionalizado. Que sea así, no impide que florezcan las ideologías críticas, que conservan como su característica más apremiante, la de plantearse como proyecto, como anticipo, sin ese imperativo llamado a la facticidad que se encuentra en las ideologías institucionales.

Sindicato, Fuerzas Armadas, Iglesia, Universidad... qué nos dice sobre ellos el análisis institucional al servicio de un proyecto de liberación nacional en la Argentina? Desde el punto de vista de la teoría del discurso político, todas estas instituciones tienen la misma lógica de procedimiento: acción "frente" al Estado, politización interna, debilitamiento jerárquico, coberturas ideológicas. Cualquiera de estas posibilidades iluminan las instancias de su comportamiento. Fuera de la teoría del discurso político es necesario y útil distinguir los diferentes órdenes institucionales, su distinta posición en la sociedad y sus distintas posibilidades de efectuar reclamos en términos de autoridad constituída. La empresa económica, la universidad, la iglesia, tienen un primer escalón de públicos masivos, fruto del reclutamiento universal. Aún más, el reclutamiento como problema no existe, pues es automático y difuso: sólo en la institución militar tiene sentido hablar de reclutamiento; éste es un concepto auténticamente castrense, sobre el que los sociólogos echaron su acostumbrado manto de ambigüedad, al extenderlo a todas las instituciones.

Por su base, la Universidad o la Iglesia se caracterizan por el acatamiento no profesional que reclaman y las ideologías de transmisión social que sustentan (la fe, la ciencia, la razón, etc.). Los sindicatos y las fuerzas armadas intentan llegar a la universalidad social con sus ideologías, y en la Argentina, esto es una historia de signos contrapuestos: la ideología de justicia social encierra, aunque parcialmente, un contenido de lucha, mientras que la ideología de la "seguridad", que las fuerzas armadas pretenden implantar en toda la sociedad, esto es, en las demás instituciones, es un producto de los planteos represivos que tienen su origen en las academias norteamericanas, y que se extiende a los ejércitos de ocupación latinoamericanos a medida que se va gestando la "internacional" de la seguridad continental; alianza represiva instrumentada por el Pentágono.

En la Argentina, la política corporativa ha caído en desuso para las instituciones. Todas reciben la crítica del movimiento nacional, todas pretenden universalizarse socialmente. Paradójicamente, cuando se politizan las instituciones civiles, se debilitan sus jerarquías, se evidencia su receptividad social y se parlamentarizan los sindicatos, viejos bastiones de la crítica al sistema, protagonizan un movimiento de re-

conversión corporativa, con peligrosos resultados para el cuerpo doctrinario del pe-
ronismo: se hace pasar por tal a la mera ideología de la justicia social y a una estra-
tegia de simple alianzas de hecho, en términos del nacionalismo institucional.

En cuanto a la Universidad, sanciona un régimen jerárquico y profesional interno co-
mo reproducción de la estructura plural de los sistemas de conocimiento científico. La universidad será "científico-democrática", pues sus normas institucionales de pro-
cedimiento deben "reflejar" el cuerpo normativo de la ciencia que se pretende. La li-
bertad de cátedra no es sino la transmisión institucional de los "métodos" del "cono-
cimiento científico", comunicables, universales, "todos pueden llegar por el mismo camino a las mismas conclusiones". Este carácter científico-democrático que tuvo y puede volver a tener en cualquier momento la universidad, se reproduce en su fuerza política institucional por antonomasia: el reformismo de las organizaciones de izquier-
da. Aparentemente las prácticas aparecen como más intensamente políticas allí donde estamos en cambio, frente a una ideología que es reflejo fenoménico de la institu-
ción. La política es política de la corporación, es la política que universaliza social-
mente la ciencia como solución de los problemas nacionales. Hoy, sin embargo, es un hecho el derrumbamiento de las instancias profesionales en la universidad, y recuperar esas instancias es, decididamente, una política del régimen. El conocimien-
to como instrumento y como profesión está en crisis entre nosotros, ahora falta recu-
perar la norma de esa crisis.

El tema de la crisis aparece entonces con justificada insistencia. No hay revolución sin la crisis de las instituciones de dominio, y esta crisis es lo que registra precisa-
mente la teoría del discurso político. No hablo de las crisis de necesidad que for-
man parte de las teorías sobre el inevitable derrumbamiento del sistema capitalista, o en todo caso, a su limitada capacidad de resistir las contradicciones internas. Hablo de las crisis de control social, del debilitamiento de las instituciones de dominio, de la politización de las profesiones, de la pérdida del sentido jerárquico, de la inca-
pacidad de las instituciones de normar a las masas sociales, de su desnaturalización y descotidianización.

El rasgo característico de las instituciones es que son socialmente receptivas, y esa receptividad es lo que interesa desde la teoría del discurso político. Aquí el gran pro-
blema es cómo la receptividad niega a la extracción social de las instituciones: nos preguntamos, es realmente receptivo el ejército como contrapunto de la extracción social de sus miembros? es realmente receptiva la universidad, se dan realmente en ella todos los grupos sociales, o lo que decide en ella, más que ese falso parlamenta-
rismo, es la extracción de sus miembros? El análisis institucional se adecúa para el descubrimiento de estas posibilidades.

Paradójicamente, la receptividad en la universidad es burocrática, no es política. Hay un profesionalismo y una administración de esa receptividad, amparado en los estatu-
tos que consagran el "libre-examen", por eso hablar de politización es hablar de la politización de lo académico y de lo docente, y esto es, en la universidad, el eje de la crítica. Siendo así, podemos decir que en el Ejército importa la ideología, pero en la Universidad importa la estrategia. Estas son las dos vías de politización en los ámbi-
tos donde imperan, respectivamente, la estrategia y la ideología como formas de con-
trol profesional.

El análisis institucional provee los temas estratégicos y la crítica ideológica. No es, pues, una lógica de procedimiento. Solamente detecta esas lógicas en las instituciones, pero las separa continuamente de la crítica que establece, en su generación y desarrollo, el movimiento nacional. Si así no lo hiciera, la oposición del sindicalismo peronista al régimen correría el riesgo de confundirse con la condición misma del peronismo, dado que la lógica sindical es la que tiene mayor continuidad institucional en el movimiento nacional. Por eso no se debe confundir el papel institucional de los sindicatos con el método de acción. Cuando se sabe que, estratégicamente, una revolución es el debilitamiento de las instituciones del régimen (su destrucción, su neutralización), los métodos con que se opera dicho debilitamiento son del orden de la violencia popular (ella introduce la crisis), expresada con múltiples gradaciones e intensidades.

Hace 25 años, se conmovieron en la Argentina las instituciones del régimen, los vigilantes gritaban viva Perón en la calle, las masas populares habían descomprimido el vallado jerárquico de las instituciones de dominio y las habían penetrado y neutralizado con su incipiente formación ideológica, convertida en estrategia y en acción.

Hoy la Argentina vive momentos parecidos, el peronismo se halla en una situación similar a la que atravesó en su etapa formativa. Esta etapa se recupera en términos de historia activa, de presente histórico y no de contemporaneidad filosófica de la historia, como quieren los que reducen el peronismo a un recuerdo del pasado. Entre la filosofía y la organización política del pueblo, el peronismo elige la organización política del pueblo. Los peronistas que eligieron la "filosofía", producen en el régimen una confianza resignada: en esta latinoamérica nueva —chilena, uruguaya, peruana, cubana, boliviana— el régimen no tiene más remedio que apostar a una batalla del peronismo consigo mismo. Lo que parece su fuerza, su posibilidad de salvación, su astucia, será en definitiva su debilidad "filosófica".

pablo franco

doctrina de la liberación y sociología crítica

I - INTRODUCCION

Este artículo es la parte final de un trabajo más amplio, de futura edición, cuyo objetivo es la polémica con la llamada "sociología crítica". Para su comprensión, entonces, requiere una breve introducción a la problemática que intenta responder.

En el trabajo mayor, luego de puntualizar los elementos "críticos" que diferencian a esta corriente teórica del estructural-funcionalismo, entre otros, la afirmación del fenómeno de la dependencia para explicar el subdesarrollo y la conceptualización de los fenómenos de dominación internacional y nacional, señalo que este reconocimiento no alcanza para sentar las bases de una correcta superación de la sociología académica. Apunto a dos razones fundamentales para explicar el error de la "sociología crítica":

1 En primer término, teniendo en cuenta la relación entre sus sistemas de explicación de la realidad y los procesos de liberación nacional y social singulares de cada país latinoamericano, encontramos la disociación efectiva entre ciencia y política liberadora. Más explícitamente, la adopción en la sociología crítica del lema de Hans Freyer: la sociología como técnica de la autoconciencia científica de la realidad, produce una disociación entre los sujetos de las prácticas transformadoras de la sociedad y los "intérpretes científicos" de las mismas. Ruptura en última instancia entre razón y pueblo que impone a estos sociólogos una tarea salvífica que puede expresarse, como en el caso de Fals Borda en un intento de acercamiento paternalista hacia los militantes políticos, para orientar su práctica "errática". O que bien puede permanecer en un plano más abstracto, como ocurre con Eliseo Verón, de acumulación de conocimientos y búsqueda de la verdad, cuya transmisión al proceso de liberación se dará, supuestamente, cuando el avance del conocimiento científico permita detectar la teoría correcta de la revolución e introducirla en la conciencia de las masas enajenadas.

Al decir de Francisco Delich, otro exponente del marxismo sociológico argentino: se trata de pensar una sociología que será tanto más militante en cuanto niegue la militancia como forma de praxis absoluta (1970, pp. 209).

2) En segundo término, en cuanto a su relación con la "sociología institucionalizada"; encontramos dos posibles bifurcaciones en esta sociología crítica: La primera (se me ocurre llamarla sociología cuestionadora), se manifiesta en un tono crítico con respecto a la sociología académica, pero no acepta que la sociología, como presunta ciencia, sea de conjunto excluyente con un intento de explicar la verdadera realidad y orientar la transformación de aquella en un sentido liberador.

Por lo tanto, ella se presenta como una corriente interna a la sociología institucionalizada.

La segunda vertiente, usualmente identificada con la sociología marxista, se define como un cuerpo teórico completamente excluyente del conjunto de la sociología institucional, a la cual critica como ciencia burguesa. Mi crítica a esta perspectiva rupturista se dirige a su concepción del marxismo como "ciencia universal" y, por ende, su adscripción a modelos de interpretación de la realidad engendrados externamente a la práctica social de los pueblos del Tercer Mundo. Es decir, entonces, que aún cuando diferenciándose las dos vertientes, cuestionadora y rupturista, en cuerpos teóricos autónomos, ambas se homologan en cuanto a la relación entre el universalismo de la ciencia y la particularidad de la práctica de los pueblos.

En esta nota me referiré con más extensión a los criterios que presiden la polémica con la vertiente cuestionadora, con una breve referencia a la sociología marxista.

II - LA UNIVERSALIDAD DE LA CIENCIA COMO UNIVERSALIDAD DE LA DOMINACION IMPERIALISTA

En el análisis citado de la sociología crítica, intenté demostrar que los citados científicos no se encuadran en posiciones antagónicas con respecto a la sociología académica. Ellos dejan en pie la existencia de la sociología como ciencia universal, es decir, aceptan elementos científicos universales y postulan solamente la crítica a una utilización ideológica que tergiversa esos principios universales del método científico. En última instancia, dejan incuestionada a la "ciencia", al método científico, a la realidad institucional y cultural heredada, a ese producto histórico que es la sociología. En segundo lugar, esta ciencia universal, aceptada por los sociólogos en cuestión, justamente por su carácter abstracto universal, supone la omisión de la singularidad de la experiencia y la práctica histórica de los sujetos que generaron el conocimiento. Es decir, desvincular el conocimiento de la singularidad en que él emerge conduce a conceptualizar una escisión entre "ciencia" y "sociedad", entre "razón" y "práctica social de los pueblos".

Hay quienes están en posesión de las capacidades racionales y, por lo tanto, pueden conocer la verdad que es opaca para el pueblo.

Esta escisión que se practica entre la actividad del conocer y la práctica transformadora de la realidad social (fundamentalmente en cuanto obrar político) supone una concepción pasiva del conocimiento, que erige para éste una esfera de legalidad independiente, en donde sus componentes se incorporan mediante el ejercicio de la capacidad de raciocinio solamente, y no en la actividad práctico-crítica de transformación de la sociedad.

Revisando en primer lugar la concepción universalista de la ciencia social, es preciso hacer notar la omisión que se realiza de las bases reales que han generado esa pretendida universalidad. Creemos que en la estructura económica de la sociedad capitalista y monopolista residen los fundamentos tácticos del "universalismo" (sobre este punto son interesantes las reflexiones de Marcuse, 1967, pp. 28-29; en cuanto a la pretendida vigencia universal "ingenua" del formalismo, ver Amelia Podetti, 1969, pp. 33-38).

Hay ciertos fenómenos universales que indudablemente no podemos dejar de reconocer, en cuanto en ellos se presenta la contradicción principal de la época contemporánea. Nuestro mundo actual denota una estrecha interdependencia entre todas sus partes, la vigencia de una dialéctica expoliante entre polos desarrollados y satélites subdesarrollados. Esto significa el avance de un sistema social-económico por el cual los países hegemónicos han internalizado sus formas económicas bajo vinculaciones de dominación, han traspuesto sus límites nacionales para llegar a la mundialidad del sistema. Es decir que hay un hecho universal innegable, y es la universalización del mundo bajo el dominio imperialista.

En efecto, no hay realidad nacional y social que pueda evitar su referencia al imperialismo. Sin embargo, se trata ésta de una "universalidad" unilateral: un sistema se mundializa sin extender el conjunto de sus rasgos, en tanto depende de realidades nacionales ajenas y dependientes como condición de su existencia. En este sentido, el imperialismo totaliza pero no es universal: si el imperialismo se universalizara en el sentido de difundir las formas económico-sociales que den origen a sociedades capitalistas autónomas y conduzcan vía monopolización interna al nacimiento de nuevos imperialismos -es decir, si el imperialismo replicara en otras naciones sus leyes internas- terminaría por hacer desaparecer la instancia ajena y, por lo tanto, la posibilidad de desarrollo del sistema. (Ver Raúl Pannunzio, 1969).

La universalidad del dominio imperialista genera, como contrapartida y elemento coadyuvante y legalizador, a las categorías científicas universales en el campo de lo social.

Muchos de los sociólogos críticos podrían coincidir en que el positivismo trató de presentar como leyes científicas y, por ende, universales, necesarias, objetivas y racionales, las exigencias socio-económicas y políticas de las sociedades industriales en expansión imperialista. Pero en la medida en que aceptan sin discusión la existencia de un método científico que permite recuperar a una ciencia social histórica, introducen, de contrabando, los contenidos políticos criticados. Nuevamente, reiteramos que el ámbito de lo formal y de lo lógico no se divorcia de los contenidos que procesa. Y esos contenidos no son universales sino en cuanto se ejercen como dominación. Se trata de la universalización del dominio particular de los monopolios, ligados por el objetivo común del lucro y apoyados y defendidos por planes geopolíticos expansionistas.

Como digresión, apuntemos que la crítica a la universalidad en las ciencias sociales, no se extiende en el mismo sentido hacia las ciencias naturales (cuyo campo de estudio no es esencialmente político, como ocurre en el dominio de lo humano, aunque sí lo sean en condiciones de trabajo y sus consecuencias prácticas). Justino O'Farrrell dice a este respecto:

"En cuanto a la 'universalidad', la comprobamos como relativamente veraz y válida en lo que se refiere al incommensurable dominio y éxitos logrados por los cultores de las ciencias naturales, sufragados por los sistemas económicos de los países avanzados. No ocurre lo mismo en el ámbito de esta categoría en lo que se refiere a las posibilidades de promoverlas, de conocerlas y aprovecharlas; ni tampoco en lo que respecta a sus diferentes alternativas, usos y subordinación a objetivos políticos, algunos de los cuales llegan al borde del exterminio" (1970, pp. 5).

Sin embargo, el juicio de O'Farrell deja inmune una universalidad absoluta en un campo en donde algunos científicos naturales que han comprendido el grado de determinación de lo político la cuestionan:

"El fenómeno (del colonialismo científico) se presenta también en las ciencias naturales, de una manera tal vez más interesante para la sociología de la ciencia, y no menos peligrosa desde el punto de vista político.

"En este caso, no es que el grueso de las investigaciones sobre sus problemas nacionales lo hacen o controlan instituciones extranjeras, sino más bien que estos problemas permanecen ignorados y el talento local se orienta hacia los problemas de moda en los centros internacionales de investigación de más alto nivel. Y esta actitud de los investigadores locales no es el resultado de una campaña promovida conscientemente desde afuera, sino de la aceptación voluntaria y acrítica de la autoridad de la élite científica de dos o tres países líderes.

"Para el joven científico este problema no existe. Tan aplastante es el prestigio de la Ciencia, personificada por los principales científicos del momento, que simplemente no puede aceptar -a veces ni concebir- que sea apropiado explorar campos que ellos no hayan bendecido.

". . . Aclaremos que no estamos proponiendo abandonar la ciencia 'pura' a favor de la ciencia 'aplicada', sino de hacer ciencia pura y aplicada orientada nacionalmente, en vez de orientada colonialmente.

". . . Librada a sus propias decisiones, la comunidad científica no abandonará su usual actitud, porque están muy satisfechos con ella, y porque argumentos como los usados en este artículo huelen a política.

"Y es verdad. Es una cuestión política, puesto que afecta directa y profundamente los intereses del país, a corto y largo plazo.

"Los países, y especialmente los subdesarrollados, deben tener una política científica nacional. Y una conclusión de los argumentos precedentes es que el enunciado de esa política no puede ser confiado a los científicos: es un asunto de interés nacional, que por definición corresponde a las actividades de las organizaciones políticas". (Oscar Varsavsky, 1968).

Como vemos, el problema de la ciencia nacional, aunque más inclusivo en el caso de las ciencias sociales, llega también hasta las ciencias naturales, en las cuales, a tra

vés de principios de "universalidad", se subordinan las líneas de investigación a las necesidades de los centros hegemónicos.

Volviendo a nuestro problema más específico, creemos que frente al universalismo de la ciencia que expresa el universalismo de la dominación, se erige, en esta etapa de nuestra historia, un conocimiento singular que es expresión de la lucha antiimperialista y anticapitalista de cada uno de los pueblos del Tercer Mundo. Y esto no por un escepticismo hacia la posibilidad del conocimiento universalmente válido, sino en tanto creemos que sólo en tanto se universalice la realidad de los pueblos liberados nacional y socialmente se podrá ir construyendo y solidificando, a través de la solidaridad revolucionaria, una concepción que tenga en cuenta la diversidad y lo común a los pueblos del Tercer Mundo. Hasta ese momento, esa concepción unificadora, sobre los procesos de transformación de nuestras sociedades, aparece como una aspiración y como una urgencia de vinculación entre todos los movimientos de liberación y países liberados.

Esta situación no implica la inexistencia de importantes elementos y concepciones doctrinarias que, además de la unidad virtual que representa la común situación de enfrentamiento a las potencias imperialistas y sus cómplices nativos, proporcionan bases sobre las cuales se va edificando el núcleo solidario de nuestras teorías tercermundistas de la liberación.

El nacionalismo, en una justa proyección revolucionaria, aparece en esta etapa como categoría que, connotada históricamente según las peculiaridades de cada contexto, ilumina la comprensión del proceso liberador de nuestros países. Entre otras, sus notas centrales son:

- 1) Su contenido explícitamente antiimperialista, que vehiculando la conciencia histórica de la nación oprimida eleva la conciencia social de los sectores sociales oprimidos por la coyunda oligarco-imperialista. Los conceptos (y realidades que ellos reflejan) de conciencia nacional y conciencia social se funden en uno solo en la categoría "conciencia de pueblo", que identifica a los depositarios comunes de la explotación, por un lado, y la soberanía nacional y social por el otro. Como conclusión, emerge un principio fundamental:

"La lucha por la independencia económica y política debe darse en relación estrecha a la lucha por la justicia social".

- 2) Las medidas de liberación contra el imperialismo y sus cómplices encuentra en las masas populares a los agentes fundamentales. Las formas económicas a adoptar se encuadran en el principio de eliminación de toda forma de dominación que antes se ejercía sobre las masas trabajadoras. El socialismo nacional aparece entonces como la solución correcta, máxime cuando la íntima asociación entre las burguesías locales y el imperialismo ubica a un mismo tiempo la necesidad de la lucha anti-imperialista y anti-capitalista.
- 3) Todo esto se hace posible si se encuentra presente un justo planteo respecto al problema del poder, que contemple la instauración de institu-

ciones políticas que permitan un control democrático de las masas sobre el aparato estatal, así como de la distribución de los recursos y del producto nacional. La primacía de la política supone la subordinación de los proyectos de desarrollo económico a las necesidades del proyecto político global para edificar una sociedad justa en la cual se elimine toda forma económica, política, social e ideológica de explotación. A este nivel, los proyectos desarrollistas quedan absolutamente descalificados, en la medida en que invierten la ecuación política-economía, y en esos términos descolocan el papel prioritario de las masas populares.

- 4) Se trata de un nacionalismo unificador de la conciencia de solidaridad latinoamericana y tercermundista en general, no meramente a nivel de clamatorio, en tanto se comprende

"que la liberación frente al imperialismo necesita convertirse en una acción de conjunto" (J.D. Perón, 1968, p. 31).

Más allá de estas bases comunes de un proyecto liberador del Tercer Mundo, sólo la superación práctica de la dominación imperialista, que es el modo de vida concreto de la sociedad capitalista contemporánea (ya sea en su forma autónoma o dependiente), posibilitará la totalización de los intereses, contradicciones, formas de ser, de los países del Tercer Mundo. Sólo en ese momento podremos conocer a fondo elementos que en la práctica se fueron edificando y que nos permitirán establecer las nuevas leyes de funcionamiento de una "mundialidad" sobre bases solidarias y no bases de explotación.

Con la relación anunciada entre actividad de conocimiento y práctica política, llegamos al segundo punto, en que se debate la escisión entre "razón" y "práctica social de los pueblos". Consideramos que no es posible afirmar la verdad de una ciencia que no se edifique en la verdad social total de las relaciones humanas.

La superación práctica de las relaciones sociales vigentes en nuestra sociedad es un momento constitutivo de la actividad de conocimiento de dicha sociedad. A modo de ejemplo, todos aquellos pensadores y científicos que han analizado el fenómeno del colonialismo, ¿qué podrían habernos hecho conocer antes que las revoluciones de los pueblos colonizados cuestionaran la dominación de las metrópolis colonialistas? Sólo las revueltas concretas de estos pueblos permitieron revelar la verdadera naturaleza del sistema colonialista, sus métodos de opresión, etc.

Dice Alfredo Chacón (1970, pp. 18) que es corriente que los científicos y los ideólogos de la izquierda internacional afirmen la necesidad de integrar lo político con lo cultural, entendiendo por esas palabras dos aspectos de la actividad general que deben hacerse complementarios.

Para él, tal tipo de planteamiento en términos de complementación, parte de una situación que es necesario superar: la distinción previa entre "actividad creativa" que se llama cultural y "actividad efectiva" que se llama política. Si la transformación revolucionaria de la sociedad tiende a la realización de una plenitud de posibilidad que en la existencia actual es imposible, y la política, por lo tanto, es la totalización

de los esfuerzos por la creación de las nuevas condiciones de existencia, desaparecen las divisiones que hasta ahora se han aceptado entre creatividad cultural y efectividad política.

Eli de Gortari expresa que el conocimiento científico tiene necesariamente un carácter limitado, puesto que depende, fundamentalmente, de las condiciones en las cuales ha sido logrado (1965, pp. 16). Si esto es cierto, el pensamiento se encuentra siempre referido a la coyuntura histórica, y está condicionado por la madurez del proceso que se trata de comprender.

No sólo creemos que no hay posibilidad de desarrollo unilateral de un pensamiento científico correcto más allá del avance de los procesos políticos sociales concretos (es decir que la verdad de la ciencia no está desvinculada de la verdad total de las relaciones humanas) sino que, al mismo tiempo, sostenemos que esta verdad del proceso que se estudia solamente puede ser encontrada desde el punto de vista de quienes son los sujetos históricos concretos de la impugnación a la realidad vigente.

Franz Fanon dice:

"El intelectual de un país colonizado, que quiere hacer una obra auténtica, debe saber que la verdad nacional es primero que la realidad nacional. Tiene que llegar al núcleo en ebullición donde se prefigura el saber" (1963, pp. 205).

No hay actividad de conocimiento de la realidad social aislada de los antagonismos sociales y las formas de lucha política en que esos antagonismos se canalizan. Es decir que no aceptamos una universalidad de las "ciencias sociales", sino que en tanto concebimos que no hay actividad de conocimiento desligada de la práctica política, sostenemos que habrá tantas interpretaciones "científicas" de la sociedad como antagonismos fundamentales se expresen a nivel político en esa sociedad.

Si en la Argentina el antagonismo fundamental se expresa en la fórmula "peronismo" vs "antiperonismo" como forma concreta que asume la lucha contra el imperialismo y sus agentes nativos, no podemos sino afirmar que es desde el peronismo como avanzaremos en la profundización de un pensamiento nacional que desnude la verdad de nuestra sociedad en tanto intenta recrear otra de signo distinto.

Estas conclusiones se derivan necesariamente de la negación a las tesis que escinden la práctica del sujeto que conoce del proceso del "objeto" a conocer (y es "objeto" justamente por eso) y la afirmación de una tesis que afirma el carácter activo del conocimiento, en donde el conocimiento es producción de la conciencia social en la práctica transformadora de los hombres. En la medida en que la práctica de transformación social es eminentemente política, el conocimiento es un momento del obrar político. Y, por lo tanto, tendrá el signo político de éste.

Por otro lado, por este camino también negamos la escisión entre razón y práctica social de los pueblos, como afirmación más general:

"El pensamiento del científico es un pensamiento históricamente racional pero no por sí mismo. El pensamiento es racional porque es producido his

tóricamente por la realidad social. La conciencia producida por el ser social es racional, pero racional porque el ser social es racional, porque la racionalidad es intrínseca al proceso social. La racionalidad inmanente del proceso histórico se expresa en las contradicciones de todo tipo que permiten al hombre avanzar creando una realidad cada vez más amplia y rica para sí, en la posibilidad real de la humanidad de ser conscientemente productora libre de su historia, en la posibilidad de terminar con todos los sistemas de explotación del hombre por el hombre" (Carri, 1969, pp. 58).

Lo importante aquí es acotar que ese "ser social" no es abstracto: como señala Norberto Wilner, el centro de gravedad del "ser social" es su forma política de movimiento. El ser social se escinde entonces, en términos de los antagonismos fundamentales de una sociedad, y la "racionalidad" de cada uno depende del proyecto de sociedad que expresa.

Volviendo a la cita de Fanon: afirmar que el intelectual tiene que llegar hasta el núcleo en ebullición donde se prefigura el saber implica una profunda ruptura teórica con las concepciones de la ideología y la teoría pre-existente a las luchas nacionales, con una concepción que concibe que la ideología y la perspectiva científica de la sociedad y la revolución se genera más allá de las luchas concretas que un pueblo ha venido librando históricamente y que prescribe la necesidad de "introducir" estos contenidos teóricos en la conciencia de los sectores populares, trocando su conciencia reformista e irracional en una conciencia revolucionaria y racional.

Fanon, por el contrario, habla de un saber que se prefigura y que hay que captar en la práctica de los sujetos históricos (es decir, que en la historia real han asumido el principal papel impugnador del régimen) reales esos elementos, esas categorías que configuran el germen de una teoría revolucionaria:

"La responsabilidad del hombre de cultura colonizado no es una responsabilidad frente a la cultura nacional, sino una responsabilidad global frente a la nación como un todo, de la que la cultura no es, en definitiva, sino un aspecto. El hombre de cultura colonizado no debe preocuparse por escoger el nivel de su lucha, el sector donde decide dar la lucha nacional. Luchar por la cultura nacional es, en primer lugar, luchar por la liberación de la nación, matriz material a partir de la cual resulta posible la cultura.

"... La cultura nacional no es el folklore donde un populismo abstracto ha creído descubrir la verdad del pueblo. No es esa masa sedimentada de gestos puros, es decir, cada vez menos atribuibles a la realidad presente del pueblo. La cultura nacional es el conjunto de esfuerzos hechos por un pueblo en el plano del pensamiento para describir, justificar y cantar la acción a través de la cual el pueblo se ha constituido y mantenido. La cultura nacional, en los países subdesarrollados, debe situarse, pues, en el centro mismo de la lucha de liberación que realizan esos países" (1963, pp. 214).

Se nos puede objetar que estamos confundiendo niveles: primero, criticamos a la sociología crítica y luego nos oponemos a una concepción teórica de la revolución en nombre de una adecuada teoría de la liberación nacional. Es decir que no nos opone

mos a la sociología crítica en nombre de otra sociología de signo distinto, sino que la enjuicamos desde una concepción política. Que eso es lo que hacemos, es verdad. Pero no es cierto que confundamos niveles. Si toda concepción científica de la realidad social se inscribe directa o indirectamente en un proyecto político; si los teóricos de la sociología crítica creen en la posibilidad de obtener un conocimiento "verdadero" y, como tal, revolucionario, están en última instancia planteando a dicha sociología crítica como la teoría de la revolución. Con claridad lo dice Delich cuando habla de una sociología que contribuya a diseñar un proyecto de sociedad nacional (1970, pp.209).

Y esa tarea, sin lugar a dudas, se identifica (en cuanto a su nivel) con la que se plantean los movimientos nacionales y populares: no hay posibilidad de orientar las luchas de un pueblo sin la identificación de las contradicciones que lo sumen en el atraso y la dependencia externa e interna y, por lo tanto, sin un proyecto de sociedad futura que se pretende construir una vez alcanzado el poder. La diferencia estriba en que en este último caso todo proyecto es sometido a la impugnabilidad de la práctica social de los sectores populares, y encuentra en él la fuente de generación de categorías fundamentales para la comprensión de la realidad nacional.

Con Chacón, si la política es la totalización de los esfuerzos por la creación de la existencia, desaparecen las divisiones entre creatividad cultural (teoría) y efectividad política (práctica). Y, por lo tanto, no cabe concebir una disciplina institucionalizada más allá del marco orgánico en el cual se canalizan las luchas populares en la Argentina. Esto no supone confundir los dos momentos diferenciados, pero internos, a la práctica política:

"Hay un momento crítico que corresponde al análisis de la estructura y legalidad de la sociedad, y un momento político en sentido estricto que se refiere a la transformación de la sociedad misma. En esto no hay un orden más que en el aspecto individual -considerando dos momentos de la acción de una persona-, colectivamente aparecen como una unidad actuante en la lucha social" (Carri, 1969, pp. 3).

En realidad, creemos que la unidad entre actividad de conocimiento y política es incluso interna al momento crítico-reflexivo, en la medida en que éste se plantea dos tipos de análisis:

1) análisis de las tendencias socio-económicas, políticas y culturales de la sociedad nacional y el sistema internacional vigente;

2) análisis de la táctica y la estrategia para enfrentar eficazmente al campo enemigo vigente.

Lo importante es que se visualice que la tarea 1) no puede decir su "verdad" en forma terminante y universal, más allá de la situación y del proyecto político del movimiento nacional que le debe dar resolución. Las contradicciones no tienen un sentido en sí mismas, sino en el contexto de lo que contradicen: si lo que contradicen es un proyecto político de emancipación nacional y social, es desde éste que debe partirse para fijar el carácter de las contradicciones.

Si es verdad que las causas exteriores son la condición de los cambios y las causas

internas la base de los cambios, o de otro modo, que las causas externas actúan por intermedio de las causas internas, las tendencias generales del imperialismo cobran sentido para nosotros cuando verificamos la adaptación de éstas que la situación política nacional impone: por ejemplo, si los Estados Unidos eligen a Brasil como subimperialismo, mucho tiene que ver en dicha opción la inestabilidad política que en la Argentina crea la vigencia de un movimiento popular revolucionario como el peronismo.

Es verdad entonces que hay tendencias económicas y políticas de los centros hegemónicos que suponen su expansión y la necesidad de explotar a los países dependientes. Y aquí tenemos configurada la base de la principal contradicción de la época contemporánea. Es necesario entonces el estudio de esas tendencias en forma rigurosa y apelando al instrumental teórico que con mayor precisión permita comprender la actualidad y futuro del sistema capitalista dada la dinámica de los centros hegemónicos: en este punto, las leyes de tendencia analizadas por Marx y desarrolladas posteriormente por economistas como Baran y Sweezy, Hamza Halavi, Maurice Dobb, etc., son indudablemente aportes en la comprensión de la realidad capitalista en los centros hegemónicos. En la medida en que las corporaciones establecen condiciones de dominio monopólico u oligopólico en los países dependientes en que se instalan y en la medida en que desnacionalizan las economías de estos países, elementos de la teoría económica marxista sobre el capitalismo, conceptualizados y reformulados de acuerdo a la realidad del capitalismo dependiente, también son de utilidad.

Pero cuando señalamos que las contradicciones cobran sentido de acuerdo al marco de la pugna entre proyectos políticos alternativos a nivel local, establecemos las condiciones reales de posibilidad de aquellas tendencias. Desde el propio proyecto liberador, y de acuerdo a los intereses nacionales y sociales que éste vehicula, las contradicciones son evaluadas e impugnadas en la medida en que la correlación de fuerzas lo posibilita.

Perón señala correctamente que para poder saber la Argentina cómo ha de ser su acción individual, debe pensar cómo es la acción del mundo en su conjunto, a fin de encuadrar su evolución dentro de esa situación general; si no, puede ser que obtuviese un éxito parcial que sería aplastado por la situación general, de la misma manera que un hecho táctico victorioso no tiene valor en una situación estratégica falsa. (Perón, J. D., 7 de agosto de 1945, pp. 205).

La lucha contra los imperialismos de parte del conjunto del Tercer Mundo, y en lo interno, la necesidad de marchar hacia un socialismo nacional y el gobierno de las masas populares, es el encuadre general que perón justamente concibe.

La tarea de profundizar en el estudio de las tendencias de los centros hegemónicos y sus implicancias en nuestros países, las formas de vinculación de aquellos intereses con las burguesías locales, requiere indudablemente incorporar el instrumental teórico más fecundo. Pero la actitud a tomar debe ser la de apropiación de acuerdo a las posibilidades de integrar otros elementos doctrinarios fecundos en un marco coherente con nuestra peculiar doctrina: es decir, en una situación en que lo apropiado se subordine a las exigencias que la experiencia política nacional vehiculó en su doctrina.

Si tal apropiación es útil y factible en el campo de las tendencias económicas, es más controvertida y peligrosa en lo atinente a las conceptualizaciones socio-políticas y, por supuesto, las culturales.

Y esto es bastante obvio: si la expansión económica del capitalismo avanzado impone una totalización cierta, los elementos críticos respecto al imperialismo, generados en diversos contextos pero partiendo de la dialéctica del desarrollo - subdesarrollo, pueden ser "apropiados-recreados" con mayor utilidad. Pero las experiencias políticas de impugnación a este orden, necesariamente son singulares en los países del Tercer Mundo y de naturaleza distinta a la experiencia de los países centrales, del mundo capitalista o de la Unión Soviética.

Si el análisis crítico a lo totalizable: la expansión imperialista, permite una mayor "apropiación-recreación" de conceptualizaciones sobre este fenómeno, las luchas y contenidos nacionales singulares son en esta etapa de la lucha mundial por la liberación de naturaleza eminentemente particulares. La posibilidad de "apropiación" en este campo es dependiente en mayor medida de la creación de un cuerpo interpretativo y teórico propio, que subordine lo potencialmente apropiable.

En nuestro criterio, este hecho supone no erigir al marxismo como canon científico de evaluación de la realidad nacional: no se trata de comprobar, por ejemplo, si las realizaciones y conceptualizaciones peronistas sobre la realidad nacional son legítimas en el marco de la teoría marxista universal. Por el contrario, el cuerpo teórico de la revolución nacional, generado en el pensamiento que las clases populares vehiculan en el contenido de sus luchas políticas, es el punto desde el cual pueden ser evaluados e incorporados ciertos elementos teóricos que en las prácticas concretas de otros pueblos hayan demostrado su eficacia y corrección.

Vertiendo el testimonio de un país que está intentando transitar el camino de la liberación, cual es el caso de Perú, son interesantes las reflexiones que en el mismo sentido nuestro apunta el Director de Estudios Sociales del Instituto Nacional de Planificación, ante la pregunta de un periodista:

- Cuál es su tendencia? Funcionalismo, doctrina de la dependencia...?
- Fíjese: nosotros aquí no sólo hemos importado maquinaria, sino ideas, instrumentos de análisis, herramientas heurísticas, etc. Nuestras ciencias sociales no escapan del carácter de cultura de dominación, cultura subsidiaria. Aquí hemos pretendido entender la compleja naturaleza social de nuestro país a partir de supuestos, esquemas e instrumentos metodológicos de importación. Esto puede haber sido muy acomodado a nuestra condición de papagayos culturales, pero de esa manera no se iba a entender nunca lo que estaba pasando aquí. Entonces, todo esto (funcionalismo estructural, historicismo) creo que son, en el mejor de los casos, andaderas provisionales en las que la gente trata de encasillarse porque hemos vivido una cultura de encasillamiento. Creo que en un momento creativo los rótulos significan muy poco. Vamos a suponer, hablando de la dependencia: nuestros colegas científicos sociales se pavonean de que éste es su gran aporte. ¡Pamplinas! Con esas mismas palabras (o con otras que significaban exactamente lo mismo) toda la literatura antiimperialista de la década del 20 se movió en torno a la consideración de que el pro

blema clave de nuestros países era la subordinación a los países imperialistas... La literatura antiimperialista de comienzos de siglo hasta 1930 está siendo sistemáticamente ignorada por los sociólogos cepalinos del período postconciliar. Los teóricos supuestamente izquierdistas de la CEPAL, impedidos de hablar de las cosas por su nombre, han recurrido al eufemismo de "dependencia" en lugar de imperialismo, países imperializados. Yo reconozco que lo que ellos han hecho es afinar el instrumental metodológico, darle más carácter sociologizante, no predominantemente político y económico como fue antes, pero ya se ve que los sociólogos que tratan problemas de este tipo caen más y más en el campo puro de la economía y no podrán jamás escaparse de la teoría política para entender estos problemas.

... Esta no es una revolución que nació al calor de una ideología preestablecida; ésta se ha ido formando, pero con una velocidad increíble... Y en la medida en que demos sustento a una revolución nacionalista, muy adentrada en el corazón, en la sangre de la gente, estamos haciendo política antiimperialista efectiva" (Carlos Delgado, setiembre 25 de 1970).

III - LAS FUENTES DEL PENSAMIENTO NACIONAL

Cuál es el pensamiento nacional que en nuestro país ha ido configurando una teoría inédita para interpretar la realidad nacional y concebir el proyecto revolucionario que orienta las luchas políticas de nuestro pueblo?

No queremos en esta ocasión retroceder a los antecedentes más lejanos. Situándonos desde la década de 1930, el pensamiento de los integrantes de FORJA es un importante anticipo de la doctrina nacional que con el peronismo arraiga firmemente en las masas.

Con la generación forjista se establecen categorías fundamentales de definición antiimperialista, aplicadas al estudio concreto de la penetración británica y norteamericana. El establecimiento de la emancipación nacional del dominio imperialista como pre-condición para superar el atraso de nuestra nación; la identificación de enemigos internos aliados a los monopolios imperialistas y la ubicación del pueblo como categoría histórica opuesta a la dominación colonial-imperialista y oligárquica; el señalamiento de una línea de continuidad de lo nacional opuesto a lo antinacional basado en una revisión de nuestra historia; la comprensión de la ineficacia de instrumentos como los partidos liberales y partidos de clase para la liberación nacional y la postulación de movimientos nacionales de liberación; el papel del líder como personificación de la voluntad popular; el papel del pensamiento nacional, etc., son elementos importantes en la comprensión de la realidad nacional y la proyección revolucionaria argentina.

Jauretche mismo hace un balance de la obra de FORJA, allí por 1941; y señala las debilidades:

"Día a día hemos visto crecer el público alrededor de nuestras tribunas callejeras, sin prensa, porque nos está cerrada la información que no se nie

ga al más insignificante comité de barrio; sin radiotelefonía, porque a ningún precio se nos ha permitido el acceso a ella. El idioma que hablábamos, que era sólo de una pequeña minoría, y hasta parecía exótico hoy es el lenguaje del hombre de la calle. Puedo decirles en este aniversario que estamos celebrando el triunfo de nuestras ideas. Pero estamos constatando al mismo tiempo nuestro fracaso como fuerza política: no hemos llegado a lo social, la gente nos comprende y nos apoya, pero no nos sigue. Hemos sembrado para quienes sepan inspirar fe y la confianza que nosotros no logramos. No importa con tal de que la labor se cumpla".

A pesar de la incapacidad de FORJA para canalizar un movimiento masivo -incapacidad que incluso se vincula con las características de la etapa en la cual empieza a actuar, además de su notoria composición de capas medias- sus ideas, sus análisis de la realidad nacional tenían el sello de lo auténtico. De allí la posibilidad de que, nacido el movimiento que albergará a las grandes masas, el ideario forjista encontrara cabida, aun cuando muy superado.

El análisis de los elementos interpretativos de la realidad formulados por el peronismo demuestra la presencia de categorías que se han convertido en la práctica real de la clase trabajadora y los sectores populares en un instrumento orientador eficaz. Algunas de estas categorías, incorporadas a la lucha de las masas, son por éstas recordadas y fecundadas. Otras, producto de la intuición y experiencia de la clase trabajadora, en sus más lúcidas expresiones, se incorporan al dinámico cuerpo doctrinario.

En todos los casos, se trata de concepciones que encuentran en las masas trabajadoras su criterio de verdad.

En este sentido, sería una de singular riqueza el análisis de las formulaciones globales de la estrategia peronista en su líder y las formas específicas en que aquélla es profundizada por los encuadramientos internos que expresan con mayor claridad los objetivos revolucionarios del peronismo. Tal análisis nos revelaría la constante complementación de la relación Líder-encuadramientos políticos combativos. Las tesis que Perón enmarca en forma global en sus directivas y mensajes, que abren el camino hacia la definición del socialismo nacional, van especificándose en los diversos programas que el movimiento elabora en el transcurso de los últimos tiempos: el Programa de Huerta Grande de 1962, el Decálogo Revolucionario de 1964, el Programa Electoral Revolucionario Justicialista de 1965, el Programa del 1ro. de Mayo de la CGT de los Argentinos, etc.

Dejo para otra ocasión tal análisis. Sólo deseo consignar una advertencia para quienes nos avisen de que ciertas categorías peronistas han sido previamente formuladas por algún intelectual europeo u otras élites de nuestro país. Una concepción teórica, un intelectual portador de ella, sólo cumple su función en la orientación e interpretación de las masas en el proceso revolucionario y profundización de la conciencia social, en tanto tiene capacidad para insertarse en el marco político en que dicha concepción esté en condiciones de dirigirse profundamente a la conciencia de las masas populares.

Las ideas nacionales e internacionales, en un momento dado, integran una totalidad ideológica que refleja los antagonismos políticos y el horizonte ideológico de una eta

pa histórica determinada. Cualquier pensador o político, en algún momento, habrá abrevado en alguna de las fuentes conceptuales que conforman aquella totalidad. Pero la calidad revolucionaria de su síntesis doctrinaria se obtiene cuando ésta entra profundamente en contacto con las masas trabajadoras y se convierte en causa de la lucha de éstas: "No hay mejor caudillo que la idea transformada en causa por una doctrina apropiada y rodeada así de una mística con que el hombre suele rodear a todas las cosas que ama" (Mensaje de J. D. Perón a la Juventud Peronista, octubre de 1965).

Sólo las ideas transformadas en causa de la lucha de las masas trabajadoras revisiten realmente un contenido revolucionario. Aquellas formulaciones ideológicas, supuestamente más avanzadas, esgrimidas por los partidos de la izquierda, siempre han quedado en el plano de las meras concepciones abstractas, y como tales, políticamente no han demostrado su carácter revolucionario. Nadie es ideológicamente revolucionario si en su práctica política no puede validarlo junto al pueblo.

Volviendo a las categorías peronistas, la tercera posición, devenida luego en tercer mundismo, el antiimperialismo y la liberación nacional, la democracia social (que partiendo de la justicia social se actualiza en la propuesta del socialismo nacional justicialista), representan el esqueleto básico doctrinario que históricamente va redefiniéndose en sus contenidos de acuerdo a las posibilidades concretas para plasmarlo en un proyecto práctico que posibilite su realización. Por ejemplo, la noción de "guerra popular revolucionaria" como vía para la obtención del poder supone la necesaria profundización del conjunto de las categorías, en tanto la forma de obtención del poder determina la profundidad de las medidas posteriores.

Lo importante en el análisis de aquellas categorías, es observar que la doctrina peronista se desenvuelve en una concepción dinámica que permite que, fijadas ciertas categorías básicas, sea la práctica concreta del pueblo la que vaya definiendo sus contenidos: Justicia Social, Soberanía Política e Independencia Económica son banderas doctrinarias del movimiento que en un camino de profundización irreversible hacia el socialismo nacional dan sentido al conjunto de la historia del movimiento peronista, desde 1945 hasta la actualidad.

Aquellos elementos doctrinarios arbitrarios que expresan una concepción ajena a las necesidades políticas de las masas trabajadoras, que no hacen a su problemática central o que sólo expresan fenómenos coyunturales, poco a poco van desapareciendo y sólo se mantienen indelebles aquellos que se consustancian con los ideales y conocimientos que los trabajadores y el pueblo en su conjunto fueron experimentando en su práctica histórica. Con palabras felices, esto mismo expresa Gramsci (1958, pp.26-27) cuando señala que:

"La adhesión o no adhesión de masas a una ideología es el modo como se verifica la crítica real de la racionalidad e historicidad de los modos de pensar. Las construcciones arbitrarias son más o menos rápidamente eliminadas de la competición histórica, aun cuando a veces, por una combinación de circunstancias inmediatas favorables, alcanzan a gozar de cierta popularidad, mientras que las construcciones que corresponden a las exigencias de un período complejo y orgánico terminan siempre por imponerse y prevalecer, aun cuando atraviesan por muchas fases intermedias durante las cuales su afirmación se produce sólo en combinaciones más o me

nos abigarradas y heteróclitas".

Estamos afirmando que, en última instancia, no sólo es incorrecta la concepción de la "ideología desde afuera", sino que es ineficaz, por cuanto las masas trabajadoras también están en posesión del "don de la racionalidad" y sólo habrán de abrazar en definitiva la concepción que sintetice más auténticamente sus intereses nacionales y sociales. Gracias a este hecho, del cual se olvidan los teóricos de la izquierda y la sociología crítica, el pueblo fue siempre capaz de impulsar la perspectiva que impugna efectivamente al régimen y al imperialismo.

Esta concepción de la actividad de conocimiento que tiene la fuente primordial en la práctica histórica del pueblo y su eje central en la clase trabajadora, no elimina la diferencia interna en el seno de ésta en cuanto a los niveles de conciencia, ni tampoco postula, en la actual etapa, que el conjunto de los conocimientos sean generados masivamente -aun cuando ésa sea la aspiración futura-. Pero ubica a quienes en la práctica ejercen un papel de avanzada como aquéllos que han asimilado con mayor lucidez y autenticidad los elementos progresivos que la práctica de las masas han ido generando -prefigurando- y los elevan como proyectos que coherentizan y profundizan la continuidad del avance. Es decir que en la misma práctica se forman los cuadros intelectuales que recogen, elaboran, coherentizan el movimiento colectivo del pueblo y lo revierten para profundizar una conciencia paradójicamente ya prefigurada en su accionar real, pero confusa a veces por los elementos que la burguesía ha "espiritualizado" a través de su dominación. No se "introducen" categorías extrañas: se elaboran y profundizan elementos prefigurados en la práctica concreta.

A este respecto, dice Gramsci:

"El hombre activo de masa, obra prácticamente, pero no tiene clara conciencia teórica de su obrar que, sin embargo, es un conocimiento del mundo en cuanto lo transforma. Su conciencia teórica puede estar, históricamente, incluso en contradicción con su obrar. Casi se puede decir que tiene dos conciencias teóricas (o una conciencia contradictoria): una implícita en su obrar y que realmente lo une a todos sus colaboradores en la transformación práctica de la realidad, y otra superficialmente explícita o verbal, que ha heredado del pasado y recogido sin crítica" (1958, pp. 20).

Sin embargo, la diferencia con lo expresado por Gramsci es que en el caso del peronismo, la increíble vigencia de su líder en el pueblo permite explicitar continuamente lo implícito. Esa y no otra es la gran tarea que Perón realiza y que encomienda a los intelectuales que se forman en el seno del movimiento o que se incorporan auténticamente.

Cómo se articula y debe articular la actividad de conocimiento y formación popular en el seno del movimiento peronista? Es una pregunta que sólo la práctica real del mismo va respondiendo, en la medida en que la realidad posibilita, por un lado, y urge, por otro, el desarrollo de cuadros capaces de colaborar en la tarea de análisis de la realidad nacional y profundización de la teoría de la liberación.

Esta es la única alternativa que postulamos frente a las diversas corrientes de la sociología institucional. Si en una etapa futura, instalado el pueblo en el poder de la

nación, se requiere organizar una instancia que coadyuve en las tareas de organización nacional, y desde allí se torna interesante incorporar técnicas sociológicas instrumentalmente útiles, es otro problema. Porque tal etapa no ha llegado. Recordamos aquí la cita de un norvietnamita en cuanto a una experiencia concreta de ese pueblo:

"Quisiera ofrecer un pequeño ejemplo extraído de nuestra experiencia sobre las relaciones entre política y técnica. En Viet Nam, cuando se crea una aldea cooperativa, si considerasen el problema desde el punto de vista técnico para formar un núcleo dirigente de las primeras cooperativas, se escogería a los campesinos que ya tuvieron experiencia de producción, contabilidad, etc., vale decir, los campesinos que hubieran conocido desde antes la prosperidad. Esto no se ha hecho: se dio precedencia a la política.

"Para crear a las primeras cooperativas, para escoger los dirigentes, se recurrió, al menos en su mayor parte, a campesinos pobres. Y entre los campesinos medios y prósperos se escogieron aquellos que han tenido un pasado revolucionario. Por qué? Porque la cooperación agrícola es una revolución y no una simple técnica de producción: ella exige la voluntad de destruir el pasado y de construir algo nuevo. Y esta voluntad es de los campesinos pobres, no de los ricos. Es evidente que ellos tienen menos experiencia de producción y que no saben mantener una contabilidad, pero estas son cosas que se pueden aprender y se aprenderán. Esto significa el primado de la política". (Nguyen Ngre).

La experiencia de la investigación social en Cuba revolucionaria tiene un sentido similar al que aquí apuntamos. En la primer etapa de la revolución, la sociología es rechazada en su conjunto como ciencia burguesa. En la medida en que el desarrollo de la revolución, instalado el pueblo en el poder, exigía un conocimiento más profundo de la nueva realidad creada y surgían tareas inéditas de organización nacional, la sociología (en cuanto conocimiento de la sociedad en su conjunto, y por lo tanto, como sociedad política) comenzó a desarrollarse primero como "investigación" dependiente de los organismos político-estatales que la encuadraban y dirigían, para tiempo más tarde institucionalizar el estudio teórico-práctico.

Varían las experiencias históricas, los contenidos ideológicos, pero sigue en pie en todo el Tercer Mundo, el planteo del primado de la política revolucionaria para la construcción de una sociedad nueva. Las posibilidades técnicas se subordinan a las necesidades revolucionarias.

IV - DOCTRINA DE LA LIBERACION Y "SOCIALISMO CIENTIFICO"

En el marco de las consideraciones anteriores, algunos elementos polémicos con la "sociología crítica" se extendían no sólo a su vertiente cuestionadora (Fals Borda, E. Verón, G. Casanova, O. Ianni, etc.) sino también a una corriente autónoma, como el marxismo sociológico.

No voy a abordar con profundidad, en esta nota, los problemas teóricos que surgen de una concepción universalista que ubica al marxismo como la ciencia, como la doc

trina del socialismo científico. Sólo quiero llamar la atención sobre la necesidad de efectuar una re-lectura de los textos marxistas clásicos (Marx, Engels, Lenin) desde una perspectiva que jerarquice la práctica política concreta de nuestros pueblos. Si una ciencia revolucionaria debe brindarnos la posibilidad de comprender a nuestras sociedades en tanto un proceso unitario, totalizador, mal puede esta ciencia circunscribirse, por ejemplo, a los planteos de Lenin: "El materialismo ha proporcionado un criterio completamente objetivo, al destacar las 'relaciones de producción' como la estructura de la sociedad, y al permitir que se aplique a estas relaciones el criterio científico general de la repetición. . .

"Finalmente, en tercer lugar, esta hipótesis ha creado, además, por primera vez, la posibilidad de existencia de una sociedad científica porque sólo reduciendo las relaciones sociales a las de producción, y éstas últimas al nivel de las fuerzas productivas, se ha obtenido una base firme para representarse el desarrollo de las formaciones históricas como un proceso histórico-natural" (El Materialismo y el Análisis Científico de la Sociedad, V. I. Lenin, Selección de Textos del Tomo 1, Ed. Car^utago, pg. 149-419, Apuntes Alfa, pp. 2/3).

Indudablemente, estos descubrimientos de Marx a los que apunta Lenin, son de crucial importancia para la detección de las leyes económicas de los países pioneros en el capitalismo, pero ello sólo basta para una caracterización global de ciertas condiciones en que se enmarca un sistema capitalista a nivel abstracto, y no para analizar el desarrollo concreto del proceso histórico y de la revolución en cada uno de los países capitalistas. Colocar a las fuerzas productivas en un papel tan prioritario y a los fenómenos de conciencia y políticos como simples derivados ("He descrito sólo el proceso material, sólo el cambio de las relaciones de producción sin referirme al aspecto social de este proceso, de unificación, aglutinación y organización de los obreros, pues este es un fenómeno derivado, secundario", Ibidem, pp. 8) en absoluto puede sentar las bases de una ciencia totalizadora de la revolución.

Menos aún puede aceptarse el tratamiento que esta ciencia hace de la sociedad en general como un proceso histórico-natural: sólo el estudio de nuestras sociedades en términos histórico-políticos puede sentar las bases para la elaboración de una doctrina de la revolución.

Creo que en esta misma línea, Mao Tse Tung y la revolución cultural china, subvierten el economicismo del "marxismo científico". En la polémica sobre la "teoría revisionista de las fuerzas productivas" encontramos un magistral ejemplo de una postura revolucionaria que refuta las tesis de quienes pretenden limitar la profundización en la construcción del socialismo a las posibilidades que otorgan el desarrollo de las fuerzas productivas: para Mao, el problema clave para determinar si un país puede o no realizar la revolución socialista después de la toma del poder, no reside en el grado de industrialización, sino en la existencia de una línea política correcta que confíe y se apoye en las masas y movilice al máximo la iniciativa socialista de los campesinos pobres:

"Lo más importante es hacer la revolucionarización ideológica de la gente, poner en pleno juego el papel del hombre y poner la mecanización bajo el mando de la revolucionarización ideológica.

"Sólo de este modo se puede desarrollar y construir la genuina economía socialista" (Selección de textos de la Revolución Cultural, Artículo del Diario del Ejército de Liberación, Pekín, 5 jul. 1969. Ficha Alfa).

Ejemplos similares podemos encontrar en la doctrina que orienta la revolución cubana, entre los cuales, la famosa polémica del Che Guevara con Bethelheim o su discurso en Argel, son claros exponentes.

En el otro extremo, en el bloque de países en la órbita soviética, el economicismo del "socialismo científico" se expresa con toda libertad. Y ello implica una opción política que con toda coherencia se verifica en la coexistencia pacífica, en la no profundización de la revolución socialista, en la no movilización de las masas y en la agresión a otras naciones.

La diversidad de marxismos contradictorios revela con claridad que no puede haber un "socialismo científico" universal que se despliega en cada revolución particular: cada revolución auténtica desarrolla su propia verdad y en todo caso, de la doctrina elaborada en cada situación irá surgiendo con la totalización de la revolución en el Tercer Mundo un pensamiento común a todos los socialismos nacionales. Este signo ideológico no preexiste a cada revolución particular, aunque cada una tenga en cuenta los logros y experiencias de quienes fueron sus precursores.

Esta teoría de la liberación que se connota por su origen "nacional", y varias de cuyas notas comunes anteriormente mencionamos, necesariamente debe incluir una comprensión totalizadora de sus sociedades: sólo en el ejercicio práctico y doctrinario de la política revolucionaria es posible concebir dialéctica y unitariamente a la realidad que se desea transformar.

Es decir, entonces, para culminar este punto, que una concepción "socialista científica" que tenga a la práctica política como mero derivado o emergente no fundamental, despoja a la realidad nacional de su momento explicativo por excelencia: el de la ruptura entre fuerzas políticas y sociales antagónicas. La política aparece como aquel punto de la realidad concreta en donde los componentes antitéticos de la sociedad vigente expresan conciente y orgánicamente su incompatibilidad.

Pienso que estas consideraciones críticas en torno al "marxismo universalista" no implican la negación de un hecho evidente: diversos pueblos del Tercer Mundo, ya sea que hayan realizado su liberación nacional y estén construyendo un socialismo nacional, ya sea que estén en lucha por la conquista del poder, tienen la guía teórica del marxismo.

Sin embargo, si analizamos la experiencia concreta de algunos de estos pueblos, veremos que ésta les indujo a encontrar su doctrina en una peculiar re-creación del marxismo que se aparta de los cánones estrictos del "socialismo científico" original. Cuando los chinos se refieren a su teoría como "marxismo-leninismo-pensamiento de Mao Tse Tung", y sintetizan su doctrina en el "Libro Rojo" que contiene las citas de Mao, ubican con claridad el punto nacional desde el cual se incorporan otras experiencias revolucionarias. La experiencia política cotidiana en la profundización del socialismo genera una doctrina peculiar que no es meramente una "actualización" del marxismo universal a un contexto histórico y geográfico determinado:

es toda una re-creación y una ruptura con cierta tradición marxista que se expresa en la política de la URSS a nivel nacional e internacional.

La adopción de una determinada doctrina se explica en términos de la eficacia real de aquella para explicar y orientar las luchas de un pueblo en su autoafirmación nacional y social. Sólo desde este punto de vista profundamente histórico y político, podemos comprender, valorar o criticar las formas doctrinarias asumidas por otros pueblos.

En nuestro caso, fiel a la realidad concreta de las luchas nacionales, nadie puede dejar de reconocer a la doctrina que orienta y expresa la comprensión de la realidad y la revolución, que ya tiene nuestro pueblo. Desde ella, se incorporan los elementos más ricos surgidos en las luchas de otros pueblos, y no a la inversa.

Así lo demuestra el Gral. Perón cuando, interpretando el sentido de las luchas de diversos pueblos del Tercer Mundo, proclama para la Argentina la necesidad de una proyección socialista. Tal hecho sólo es posible porque en el peronismo y en las tradiciones de nuestra patria, existían las posibilidades concretas de su incorporación. La evolución ideológica, que significa la incorporación de la consigna del socialismo nacional, incluye a un mismo tiempo la historia de las luchas del pueblo argentino en las últimas décadas, la mayor definición de los enemigos a enfrentar, el carácter de la etapa de dominación imperialista y la experiencia de pueblos del Tercer Mundo que, como China y Cuba, realizan una peculiar experiencia de construcción de un socialismo acorde a la historia de sus pueblos.

Indudablemente, el presente trabajo reviste el mero carácter de un borrador para la discusión. Innumerables cuestiones fueron omitidas, y otras tratadas sin la necesaria extensión y rigurosidad. Sin embargo, en esta etapa de construcción del pensamiento nacional, nadie tiene derecho a retener sus reflexiones inéditas: sólo la discusión colectiva, sometida a la impugnación de la práctica del pueblo, puede ser la responsable de la verdadera profundización del conocimiento de nuestra realidad y de la integración de la doctrina de nuestra revolución.

BIBLIOGRAFIA CITADA:

PODETTI, Amelia: "La antropología estructural de Levi-Strauss y el Tercer Mundo", en Antropología del Tercer Mundo, Nº 2, mayo 1969.

MARCUSE, Herbert: "Cultura y Sociedad". Ed. Sur, Buenos Aires, 1967.

PANNUNZIO, Raúl: "Dialéctica y Ciencia Social", Apuntes Alfa, 1969.

O'FARRELL, J.: Ficha Programa de Problemas de Sistemática, Alfa.

VARSAVSKY, O.: "El colonialismo cultural en las ciencias naturales", CIDOC, Doc. 68/71, Cuernavaca, México.

- PERON, J. D. : "La hora de los pueblos". Ed. Norte.
- CHACON, Alfredo: "Cuatro preguntas sobre América Latina, con Darcy Ribeiro y Héctor Silva Michelena"; Apuntes Alfa.
- FANON, Franz: "Los condenados de la tierra". F. C. E. 1963.
- WERSLEY, Peter: "La teoría revolucionaria de Franz Fanon", en Franz Fanon y la revolución anticolonial, Ed. Del Siglo, 1970.
- FANON, Franz: "Sociología de la liberación", Ed. Presente, 1969.
- PISCHEL, Colletti: "Fanonismo y cuestión colonial", en F. Fanon y la revolución anticolonial.
- CARRI, Roberto: "El formalismo en las ciencias sociales", Antropología del Tercer Mundo, Nº 2.
- WILNER, Norberto: "Ser social y Tercer Mundo", Ed. Galerna, 1969.
- PERON, J. D. : "Discurso pronunciado el 7 de agosto de 1945, en el Colegio Militar.
- DELGADO, Carlos: "Reportaje en Marcha: Perú, un momento creativo", 25 de septiembre, 1970.
- HERNANDEZ ARREGUI: "La formación de la conciencia nacional". Ed. Hachea, 1960.
- MEHDI BEN BARKA: "Opción revolucionaria para Marruecos", Ed. de Cultura Popular, Barcelona, 1966.
- GRAMSCI, Antonio: "El materialismo histórico y la Filosofía de Benedetto Croce", Ed. Lautaro.
- NGUYEN NGRE: Pasado y Presente, Nº 7-8, pp. 217.
- GORTARI, Eli de: "Introducción a la lógica dialéctica".
- MELOTTI, Umberto: Sviluppo ad orientamenti della sociología cubana e dieci anni della rivoluzioni, en Terzo Mondo, 5-6, octubre-diciembre de 1969.
- LENIN, V. I. : Selección de Textos: El materialismo y el análisis científico de la sociedad. Tomo I, Ed. Cartago, pg. 149-419. Editado por Apuntes ALFA.